

Treball de Fi de Grau

Títol

Tragedias contemporáneas

Historias de violencia y
migraciones forzadas de África
y América Latina a España

Autoria

Paula Erill Roig

Professorat tutor

Francesc Burguet Ardiaca

Grau

Comunicació Audiovisual	
Periodisme	X
Publicitat i Relacions Públiques	

Tipus de TFG

Projecte	X
Recerca	

Data

3 de junio,
2019

Full resum del TFG

Títol del Treball Fi de Grau:

Català:	Tragèdies contemporànies. Històries de violència i migracions forçades d'Àfrica i Amèrica Llatina a Espanya		
Castellà :	Tragedias contemporáneas. Historias de violencia y migraciones forzadas de África y América Latina a España		
Anglès:	Contemporary tragedies. Stories about violence and forced migrations from Africa and Latin America to Spain.		
Autoria:	Paula Erill Roig		
Professorat tutor:	Francesc Burguet Ardiaca		
Curs:	2018/19	Gra	Comunicació Audiovisual

		u:	Periodisme	X
			Publicitat i Relacions Públiques	

Paraules clau (mínim 3)

Català:	Refugiats, violència, polítiques migratòries,
Castellà	Refugiados, violencia, políticas migratorias,
Anglès:	Refugees, violence, migrations policies,

Resum del Treball Fi de Grau (extensió màxima 100 paraules)

Català:	Reportatge escrit sobre les migracions forçades que fa visible els tipus de violència a la que són sotmesos i els diferents motius pels quals fugen del seu país. Exposa i denuncia, també, les deficiències existents en les polítiques migratòries de l'estat espanyol.
Castellà :	Reportaje escrito sobre las migraciones forzadas que hace visible los tipos de violencia a la que son sometidos y los diferentes motivos por los cuales huyen de su país. Expone y denuncia, también, las deficiencias existentes en las políticas migratorias del estado español.

Anglès:	Written report about forced migrations to make visible the kind of violence they're subjected and the different reasons why they've to flee their countries. It exposes and also denounces, the deficiencies in politic migratories of Spanish state.
----------------	---

TRAGEDIAS CONTEMPORÁNEAS

Historias de violencia y migraciones forzadas
de África y América Latina
a España

Paula Erill Roig

Índice

Introducción	4
Agradecimientos	18
PARTE I. ENTRE ÁFRICA Y ESPAÑA	20
PARTE II. ENTRE AMÉRICA LATINA Y ESPAÑA	78
PARTE III. SOBRE LOS REFUGIADOS Y LOS INMIGRANTES ECONÓMICOS DE AMÉRICA LATINA Y ÁFRICA	163

Introducción

Migrar es un derecho universal. Es un movimiento innato en el ser humano desde sus orígenes. ¿Por qué lo hacemos? ¿Por voluntad? ¿Qué pasa cuando la necesidad se sobrepone al mero hecho de poseer este derecho? ¿Se sigue respetando como un derecho o se transforma en un peligro para el país receptor? Muchas preguntas. Pocas certezas.

El objetivo de esta tesis es la elaboración de un reportaje escrito que aborde la crisis de las migraciones forzadas y su vinculación con la cultura de la violencia. El formato que se ha usado para llevarlo a cabo es una colección de dramas semejante al de un libro de relatos breves entrelazados bajo la misma temática. En este caso, está dividido en ocho capítulos distribuidos en tres partes. En la primera se encuentran las historias de personas procedentes de África. En la segunda, de América Latina. Y, en la tercera, se establece una conversación con dos profesionales del sector.

La finalidad es hacer visibles las situaciones dramáticas contadas por estos sujetos. Desde la concreción de cada caso se representan las problemáticas universales de este colectivo. El relato ajeno se convierte en propio cuando es retratado desde la experiencia.

Para hacer el trabajo, mi primera idea fue hacer un reportaje literario. Luego Francesc me hizo ver que la etiqueta *literario* no tiene connotación alguna si lo que relatas no está bien escrito. Me costó entenderlo. Con la ayuda de algunos autores como García Márquez o Cebrián y el libro de Roberto Herrscher, *Periodismo Narrativo. Cómo contar la realidad con las armas de la literatura*, (aun sin terminar, por cierto) lo he visto todo más claro. Quería hacer una introducción que hablara sobre el dilema de la ficción y la no ficción y la fuerza del relato en el periodismo. Al final no la he hecho. No he tenido el tiempo para leer lo suficiente como para elaborar algo decente o que haga justicia a los relatos trágicos que vienen a continuación. Creo que esto no acaba aquí, tampoco. A decir verdad, este proyecto me ha abierto muchos caminos desconocidos hasta ahora. Y eso que vengo de hacer un grado de periodismo. No culpo a nadie. Aprender en un aula es complicado a veces.

En esta era digital, es difícil llegar a un público que recibe bombardeos de información de manera constante. Así que no es tan importante lo que se cuenta (que también) sino el cómo se cuenta. ¿Cómo seducir, usando un arma tan insuficiente como el lenguaje, a personas que han experimentado con la vista y con el oído todas las complejidades de un hecho real¹?, se preguntó Tomás Eloy Martínez. El único patrimonio que tiene un periodista es su mirada², dijo Leila Guerriero.

Para ello he tomado como referentes algunos artículos, ensayos o libros de periodistas que se han dedicado al reporterismo. No quería hacer un texto periodístico clásico sino algo que trasgrediera más, que llegara más al lector. Al de ahora o al de siempre. Como la crónica latinoamericana. Leí los reportajes de Juan José Millás y Laura Restrepo que me dieron herramientas para crear mi propio discurso. Entendí la primera persona acaparadora a la vez que necesaria de Millás. Pensaba que la primera persona para un periodista estaba mal vista. De hecho, para un

¹ ELOY MARTÍNEZ, Tomás (1997): *Periodismo y Narración: Desafíos para el Siglo XXI*. Guadalajara.

² GUERRIERO, Leila (2013): *Plano Americano*. Editorial Anagrama. Buenos Aires.

estudiante seguro. Por falta de experiencia se dice. No lo niego. Cualquier escrito mayor escribe mejor que uno novato. Con lo que yo quería contar, cuanto más personalizado estuviera, mejor. Para narrar, dar detalles, acercarme a sus palabras que iban a ser mías, de algún modo. Algo impersonal hubiera quedado frío, insulso. La escenificación también la tuve muy en cuenta para dar énfasis a pequeños momentos y generar (por qué no) algo de tensión o suspense.

De Tomás Eloy Martínez también tomé las referencias que hace en su artículo del Nuevo Periodismo que nunca fue nuevo sino que se heredó de las antiguas vanguardias. Lo que me contaba la gente estaba vivo así que tenía que depositarlo de la misma manera sobre un papel sin que por ello perdiera su esencia.

Wolfe decía que la mitad de las personas que iban a trabajar a editoriales, lo hacían creyendo que su destino real era el de ser novelistas³. Tal vez, el resultado de este trabajo sea una especie de complejo de Krim, o sea, un pretexto para escribir una Novela, de no ficción.

³ WOLFE, Tom (1973): *El nuevo periodismo*. Editorial Anagrama. Nueva York.

A través de esta mirada que escucha el testimonio de migrantes, refugiados y profesionales, se podrán visibilizar las peripecias que los han llevado a España. Además de evidenciar las deficiencias del Estado del bienestar europeo y español, y el auge de los partidos de extrema derecha en los distintos países.

Esta temática es importante en términos de actualidad en tanto que da voz a historias relatadas en primera persona y pone de manifiesto la violencia a la que están sometidos. De esta forma, podemos señalar la implicación precaria, tanto de Europa como de España, en políticas de integración social y de acogida y la falta de recursos en los procedimientos de asilo en España.

Los objetivos que han ordenado y dirigido la línea de trabajo han sido varios. Primero de todo quería dar voz a las experiencias dramáticas de un colectivo vulnerable. La intención principal era centrarme en mujeres migrantes: Quería hacer hincapié en la vulneración de derechos que sufren por la condición de género. La mujer tiene un papel muy delimitado en estos países y, aunque no todas huyan por esto, es un motivo más para exponer y denunciar. Al final, no lo hice. Pensé que, tal vez, el reportaje sería más rico si también se permitía la voz de hombres migrantes.

Para contar su historia. Para plantear otros tipos de discriminación. Hablé con hombres y mujeres y decidí que ambos tenían cabida en el reportaje que tenía como objeto de estudio el drama de las migraciones forzadas. Además, la desigualdad de género es evidente en los casos que presento, tanto en los de los hombres como en los de las mujeres. La cultura patriarcal está tan arraigada que ni si quiera ellos (ni ellas) se daban cuenta de que pronunciaban expresiones machistas o *micromachistas*. Y había quien sí y lo denunciaba. A eso cabe añadir que si hubiese preferido hacerlo sólo con mujeres, los motivos de huida también hubieran sido diversos y con mucho peso. También he concluido que había más mujeres de Latinoamérica dispuestas a explicarme por qué estaban aquí que hombres. Y al revés: más hombres de África que mujeres. ¿Hay más hombres o más mujeres huyendo según el país?

Otro objetivo que tenía era el de descubrir la situación política, económica, cultural y social del país del que proceden. Cuando cada persona me explicaba su caso, tenían que situarme un poco antes de empezar. Hay quien era más desordenado y me lo iba contando a la par que su relato. No les culpo. Al contrario. Hay historias densas en las que ha sido difícil encontrar un

orden estricto. Para ellos y ellas y para mí. Pero lo que les pasa, también tiene que ver con su contexto. Me atrevo a decir que es consecuencia del marco en el que viven. Tienen que hacer algunas cosas en detrimento de otras y tomar medidas drásticas. Cuando acabábamos el encuentro, buscaba más información para acabar de entender cosas que en el momento me eran imposibles. Y eso que en ocasiones les hacía repetir lo que me habían dicho una y otra vez. Como los nombres. De ciudades. De presidentes. Muchas cosas. Había aspectos de política que desconocía hasta después de hacer las entrevistas. Sobre todo con las primeras personas que quedé como Julia y Ana. Luego tenía que repreguntarles para acabar de entender lo que me habían tratado de contar y me ayudó a preparar mejor las que me quedaban por hacer.

Visibilizar la cultura de la violencia de determinados países, también era otro objetivo que perseguía. Todos los casos que planteo están expuestos a violencia. He intentado transmitirlo de la forma más fiel posible. Espero estar a la altura. Mentiría si dijera que ha sido fácil escucharles. En ocasiones hubiera preferido que no siguieran. Que me lo contaran por encima. Me sentí mal por lo que me explicaban. Por el dolor que veía en ellos y sus palabras. Pero también por mí. Era como si

les estuviera, de algún modo, violando su intimidad. Como si les estuviera espiando detrás de una mirilla y ellos fueran conscientes de ello. Como si me estuviera regocijando en su dolor por mi propio provecho. Intenté solucionarlo como pude. Al final de cada quedada, les daba las gracias tantas veces que no quería ni irme. No quería que pensarán que ya me había desprendido de ellos. Que sólo había sido una aproximación puntual. Ellos me respondían con lo mismo. Gracias. Eso y que estaban contentos de que denunciara sus casos. He hecho lo que he podido. Os lo prometo. Lo que el poco tiempo que tengo me ha dejado, la verdad.

Otro motivo era el de justificar las migraciones forzadas como derecho y necesidad legítimos. Migrar es un derecho pero también es una necesidad. Es algo de lo que se habla poco. Sobre todo en las élites. Sólo se piensa en el potencial económico de las personas que llegan a España para el beneficio del país. Y se piensa poco (o nada) en los que vienen aquí a pedir ayuda. Ayuda. ¿Qué tan importante es el dinero cuando se trata de defender los derechos humanos de una persona? Que tal vez, en algún momento de la vida (cercano o lejano), podrías ser tú mismo. Me da mucho miedo el ritmo al que avanza la

deshumanización. Lo cierto es que acercarme a estas personas además de hacerme llorar y reír mucho y al mismo tiempo, me ha recordado que seguimos siendo humanos. Que nos necesitamos. Eso y que hay que aprender a relativizar las cosas. Mientras el Estado desea ansioso la llegada de turistas que les disparen la economía del país, les cierran las puertas a millones de personas que llegan por necesidad y que podrían convertirse en ciudadanos que algún día también tendrían que pagar impuestos.

También me interesé en estudiar cómo es la adaptación de cada sujeto una vez llegan a España. Para eso busqué primero información en las webs de las distintas asociaciones que trabajan en el sector como ACCEM, SAIER, ACNUR, CEAR, etc. Además de preguntar directamente a los profesionales para que me dieran respuestas más precisas y siempre desde una experiencia personal. Y a las personas, obviamente, que son los agentes directos que viven la integración o no en primera persona. He reparado en que se les demandan muchas cosas para poder *aceptarlos*. Y me ha generado dudas sobre la interculturalidad. Está bien que una persona que llegue se adapte, aprenda el idioma, haga cursos, trabaje. Está claro. Pero pienso que hay una sobre

exigencia por el hecho de ser inmigrantes. Se les exige que se adapten en casi dos años cuando aun no saben si les van a dar una resolución favorable o no. También está el tema de que si se les imputa alguna infracción o delito penal, la etiqueta de inmigrante les remite a una culpabilidad casi inmediata.

Esto último me llevó a plantearme también el trabajo como una denuncia a las deficiencias en políticas de inmigración y de asilo en Europa y España. La certeza de este hecho lo encontré en las personas que me confinaron su historia pero también en los profesionales que trabajan en el ámbito social. ¿Por qué prevalecen los intereses económicos sobre cualquier otro? En general, vais a ver (spoiler) cómo esta gente que ha sufrido un drama en su país, y algunos, un drama para llegar hasta España, sufren un segundo o tercer drama cuando se encuentran aquí pidiendo nada menos que una protección. La protección internacional. Tardan mucho. Tardan demasiado en resolverse los casos. Además ¿cómo se puede juzgar un drama? Estas historias no se pueden inventar. Ya veréis que no. Los deberían contratar para ser guionistas o dramaturgos, entonces. Aunque, bueno. No es que España esté muy involucrada en el ámbito cultural tampoco, que digamos.

Finalmente (aunque el fin siempre parece no llegar) he hecho todo esto para sensibilizar al lector. Para agarrarlo y que se enfrente a una realidad que existe. Porque existe. Pero no la vemos. Porque no nos la explican los medios (también politizados por intereses) o porque nosotros mismos queremos seguir con la venda de la ignorancia. No sé si hacer esto me ha hecho sentirme mejor persona. En ocasiones, peor. Pero el mundo ya se está destruyendo lo suficiente como para que nos destruyamos con él y las personas que lo alimentan. Quiero sensibilizar al lector para hacer justicia. Un poco, al menos. Tengo una deuda con todos los que han regado esta semilla. En mis palabras. Mi voz. La suya. Quiero que remueva conciencias. Que nos paremos a pensar, todavía más. En el coche. En el bus. En el metro. En la calle. Sin el móvil. ¿De dónde viene el material que compone el móvil, por cierto? Explotación de recursos... también se hace mención de esto.

Para cumplir con estos objetivos, me hice muchas preguntas: ¿Qué es la cultura de la violencia? ¿Por qué hay personas que deciden abandonar su país de origen? ¿Cómo es el trayecto que llevan a cabo desde su país a España? ¿Qué políticas de asilo existen para dar solución a las situaciones de los migrantes? Una

vez llegan a España, ¿están mejor? ¿Cómo es la adaptación o la integración? ¿Volverían a su país? ¿Vienen solos o acompañados? ¿Consiguen contrato de trabajo y de residencia? ¿Viven o sobreviven?

Una vez elaborada la lista de preguntas y haberme documentado a través de libros y webs de asociaciones, trasladé las cuestiones a profesionales del sector que trabajan con los refugiados e inmigrantes económicos. Para eso tuve que planear las entrevistas y establecer algunos contactos. Se ha contado sobre todo con el soporte de la organización ACCEM. En especial, de la técnica laboral, Claudia, y la técnica social, Estivaliz, y de los usuarios/os que han querido que se diera voz a su historia. Y con la ayuda del SAIER y su abogada Cristina. Hay personas que no están dentro de ninguna asociación pero que aun así han querido exponerme su caso. He intentado hablar con otras asociaciones y personas. No hemos encontrado el momento. Quiero pensar.

Tuve que quedar también con cada una de las personas migradas y/o refugiadas para que me contaran su historia y después transcribirlas y finalmente redactarlas. Con paciencia. Con mucha cura. El idioma también fue un pequeño obstáculo para algunos casos como los chicos de África, a pesar

de haberles insistido en hablar en inglés. Tenía que estar muy atenta para que no se me escapara ningún detalle. Hacer mucho esfuerzo para acabar de componerles las frases que querían decir. Cuando acabamos de hablar salí bastante agotada. Como con Lamin y Zum pero valía mucho la pena el empeño. Tanto el suyo como el que podía hacer yo. Hablar por teléfono también fue difícil. Primero porque no me gusta el teléfono. Después, porque se escuchaba muy mal. Y por último porque tenía que descubrir por su voz si estaba bien con lo que me contaba. Al final, es con el que más contacto tengo.

También tuve que contrastar el relato ya escrito con los testimonios para no vulnerar ni modificar sus declaraciones. Como he dicho anteriormente, había cosas que no las entendía bien aunque se las hiciera repetir varias veces. Luego les pedía que me escribieran bien un nombre o lo que necesitara. Pensaba que ya no me responderían. Lo hacían encantados de volver a saber cómo estaba.

Hay que hacer una mención especial a los nombres. No todos son los verdaderos. Algunas personas me pidieron que preservara el derecho de anonimato y ocultara con otro, su nombre o el de terceros cuando hacían referencia a ellos. Eso he hecho. Además, en

todos los casos, tanto profesionales como las historias de los migrantes, sólo se cita el nombre, nunca los apellidos. No creo que sean relevantes. Poner el de un profesional sí y el de la persona migrada no, me parecía una forma de catalogar la relevancia de una persona en detrimento de otra. Al final todos me han aportado información sustancial.

Hablé con bastante gente. Sobre todo en lo que se refiere a migrantes. No todos salen. He escogido los casos más significativos para dar una imagen clara de lo que pretendía crear. Si hubiera tenido más tiempo, seguramente hubiera podido acabar de hacer alguna historia más. Tal vez esto sea un ensayo para algún proyecto más grande. No lo he pensado mucho. De hecho, sólo se lo entregaría a las personas que aparecen en estas páginas. Les debo mis manos.

Con todo el material (infinito) que he ido recolectando estos meses, he entrelazado las historias con el fin de crear una trama en común. Ha sido duro, caótico y muy gratificante. Como un parto, se podría decir. No me lo creo, pero ya ha nacido. Ha sido un auténtico placer. Os lo digo. Y ya me callo. Bueno. En verdad no.

Agradecimientos

A Lamin, Ludivina, Zum, Julia, Evelinda, Nery y Ana
por deconstruir parte de lo que son y construir parte
de lo que soy

A los que me han prestado su tiempo y su historia

A los millones que han huido de sus países
A los miles que han perdido su vida en el trayecto
A los que siguen ahí y a los que están aquí

A Cristina, Estivaliz y Clàudia por su vocación

A ACCEM y SAIER por abrirme las puertas y los ojos

A todos los profesionales y ONG por persistir en este
trabajo como una promesa y no rendirse

A Francesc por ordenar mi caos

A las palabras por herirme cuando las escribo

*Desde siempre, las mariposas y las
golondrinas y los flamencos vuelan
huyendo del frío, año tras año, y
nadan las ballenas en busca de otra
mar y los salmones y las truchas en
busca de sus ríos. Ellos viajan miles
de leguas, por los libres caminos del
aire y del agua.*

*No son libres, en cambio, los caminos
del éxodo humano.*

*En inmensas caravanas, marchan los
fugitivos de la vida imposible.*

*Viajan desde el sur hacia el norte y
desde el sol naciente hacia el poniente.*

*Les han robado su lugar en el
mundo. Han sido despojados de sus
trabajos y sus tierras. Muchos huyen
de las guerras, pero muchos más
huyen de los salarios exterminados y
de los suelos arrasados.*

[...]

Los emigrantes, ahora. Eduardo GALEANO.

PARTE I
ENTRE ÁFRICA Y ESPAÑA

LAMIN

- Papeles.
- *I don't speak spanish.*
- *Okay. Can I see your document?*

Le entregó el pasaporte con el billete.

- ¿Dónde tienes el visado? ¿Cómo viniste aquí sin visado?
- *I had problems in my country. I came to find protection.*
- *Stay here.*

6 de abril de 2017. En el Aeropuerto de Madrid. Bajó del avión con la mochila. Y su amigo. No hablaban nada español. Sólo inglés. Me volví como loco por el olor, ríe. Los niños en África cuando veíamos a un blanco, corríamos hacia él. ¡*Tubab, tubab⁴!*,

⁴ Blanco en Mandinka, dialecto de un grupo étnico situado en África occidental.

gritábamos. Reconocí el olor al instante. En el aire. Las personas... A veces, en el hotel, olía la ropa de los clientes blancos.

Lamin trabajó como socorrista en la piscina de un hotel de Gambia. Los veranos del 2009 al 2011. Quería apoyar económicamente a su familia. Normalmente, incide, no tienes que trabajar si estudias. Pero si no era: *Hoy comes y mañana no*. No se lo pensó. Allí conoció a un holandés.

- Vino de vacaciones y se alojó en el Hotel donde trabajaba. Yo era el socorrista de la piscina. Iba con el bañador. Nos mirábamos mucho. Se acercó y me dijo que era muy guapo.
- ¿Estuvisteis saliendo?
- Lo siento. Soy maricón.
- No tienes por qué disculparte.
- En mi país te matan por ser gay. Dicen que han desaparecido. Que han muerto en el calabozo. Que se han ido. Todo, mentira. Los matan así, ¿sabes? Aquí maricones fuera. Es un país musulmán.

Lo llevaron en secreto. Nunca lo invitaba a su casa para que la gente no hablara. La habitación del hotel era su lugar de encuentro. Durante dos veranos. En 2012, no volvió. Perdieron el contacto. Murió o no sé, dice fríamente. No le da más vueltas. Hace mucho tiempo ya, quizás. Siguió concentrado en sus estudios de Agricultura. Mientras se sacaba la carrera, estuvo seis meses en el Departamento de Agricultura del Estado. Con su padre, que era veterinario.

En todos estos años aprendió mucho. Pero no era esa su vocación. El fútbol, sí. Sonríe. Percibo su pasión por este deporte y sus palabras me lo reafirman. Durante dieciocho años estuvo jugando en la Liga de su país. Hacía campamentos con los demás jugadores de pueblos vecinos y de categorías distintas.

En el campamento de 2015, conoció a un chico. Cherno. Era jugador del Equipo Nacional de una categoría inferior a la suya. Estaba en el equipo de menores de edad. Se gustaron. Pasaron juntos semanas. En el campo. En los vestidores. En los dormitorios. Cuando el campamento terminó, trasladaron su idilio. Lejos. Del fútbol. De casa de Lamin. De la gente, que empezó a hablar. Mal, claro. Estos chicos son gays ¿o qué?, se reían. No como rió Lamin al reconocerme rápidamente en un andén de la

Sagrera. Me saludó afectuoso, cercano, vivaz. Sin pizca de malicia. Había dormido poco para comer durante la noche. Estaba en medio del Ramadán. Soy musulmán, dice. Mi religión no me permite ser gay.

Los miraban. A todas horas. Burlones. Les querían pegar. No podía ir a rezar para no escuchar las calumnias del pueblo. Era muy conocido por ser jugador de la Liga. Así que se veían en casa de Chernó. Mi madre conocía a Chernó, me cuenta emocionado. Me abrazaba. Me decía que me iba a apoyar. ¿Qué iba a hacer? Es su vida. No podía salir. Sólo por las noches. Tuvo que dejar el fútbol. Quiero cogerle la mano pero temo que se derrumbe. Tiene una sensibilidad inmensa. Sus ojos... Están inundados de lágrimas. Pero no caen. Las aguanta. Con fuerza. Y eso que ha dormido poco. Estará acostumbrado al ritmo de vida que llevaba en África. Salir sólo de noche. Volver cuando todos dormían.

Un día, cuenta, fuimos por la zona de Senegambia. ¿Senegambia? Es como la Barceloneta, responde. Lleno de discotecas junto a la playa. Cenaron. Se fueron a bailar. Y tomaron algunas fotos. Era 3 de abril de 2017. Estaban de celebración. De la vida. De su amor. No sé. Llevaban ya dos años juntos. Se dice rápido. A la una de la madrugada decidieron coger un

taxi para volver a sus casas. Estaban en la calle, esperando. De repente, Cherno miró su móvil y vio que *alguien* había colgado sus fotos en *facebook*. ¿Quién las colgó? Nunca lo supieron.

- ¿Teníais miedo?
- Sólo sabíamos que el presidente de entonces, Yahya Jammeh⁵, era un dictador. Veintidós años como Presidente. Si trabajas en el Estado tienes que votar por el mismo siempre.
- Mucha corrupción...
- No maricones. No gays. Si las veían, nos vendrían a buscar. Para meternos en la cárcel. O matarnos.
- Estabais en peligro.

Estaban esperando el taxi. Al otro extremo de donde se encontraban, distinguieron a un coche. Aparcado en

⁵ Protagonizó un golpe de estado en el gobierno democrático de Gambia en julio de 1994 para convertirse en jefe de estado militar. En su mandato como dictador (1996-2017) se le reconoce sobre todo por haber reprimido con dureza a la comunidad LGBT.

el puerto. La policía, me avisó mi amigo. Se los miraban desde la parte trasera descubierta de la furgoneta mientras iban avanzando. Lentamente. Iban a por ellos. ¡Vamos! le dije. ¡Corramos! Empezaron a correr. Mucho. Al acto, los agentes se bajaron y empezaron a perseguirlos. ¡Para, para!, gritaban. No pararon. No miraron atrás. No sabían a dónde ir.

- No tenía amigos porque soy gay. Es muy triste, ¿sabes? Es una pena. Es mi vida. No le tiene que importar a nadie.

Desde luego que no. Corrieron para salvar su vida aunque nadie la hubiese dada por ellos. Se los hubieran quedado mirando. ¿Ese es gay ahora? Era lo único que sabían decir. Sin comprender. Saltaron una gran valla. Estaba lejos de su casa. Pero llegó. Aunque no quiso entrar.

- Coge las cosas de tu casa y nos vamos, me dijo Chernó. Nos están buscando.

Chernó llamó a un amigo suyo. Alliu. Les advirtió que tenían que huir. Como había hecho él un tiempo atrás. Por los mismos motivos. Alliu se fue a Canadá y allí le concedieron el asilo. Tenemos vuestras fotos en redes,

les dijo. Salid del país porque estáis en peligro. Coged las cosas y salid. Salid. Dirigiros a Senegal.

El día 4 fue a Amdallai⁶. La frontera de su país. Había quedado ahí con su amigo. Su pareja. Chernó. Llevaba algunas cosas y su pasaporte. No había avisado a nadie. Ni a su madre. Pasaron la noche ahí.

El 5 tomaron un taxi para ir a Senegal. Tal y como les había indicado Alliu. Gracias a Dios, dice él, llegaron. Tenía veinte llamadas de su madre. Nada. No le contestó nada. Hasta que no llegó a Senegal no pudo hablar con nadie que le pudiera entender. Antes en Gambia, me explica, había una Asociación LGBT. Con el dictador la cerraron. En Senegal tenían contactos. Podéis coger un avión hacía Ecuador, les dijo el chico que les había citado. Era el único vuelo que podían coger sin la necesidad de tener visado. No había vuelo directo. Tenían que hacer una escala de dos horas y media en Madrid.

- No te lo pensaste.
- Quería ir a cualquier lado que pudiese. No podía seguir ahí. Sólo pensaba: Sal.

⁶ Ciudad al oeste de Gambia.

- ¿Avisaste a tu familia antes de subir al avión?
- No. Todos me habían dejado de lado. Mi familia, también. Menos mi madre.
- Te llamó veinte veces...
- Ella estuvo embarazada de mí, ¿sabes? Sólo me daba consejos. No me podía dejar de lado. Mi padre sí. No quería que viviera allí. Mis hermanos eran muy pequeños. No sabían.

Se friega las manos. Grandes. No bebe ni come nada. Hasta la noche no puede. No quiere, me rectifica. Habla y mueve las manos al mismo tiempo. Desde una relajación absoluta en el cuerpo. Y una fluidez al hablar que me obliga a repreguntarle cosas que no entiendo. Le cuesta encontrar las palabras adecuadas del castellano. Pero lo habla. A pesar de haberle insistido en que se exprese en inglés, si le va mejor. Así practico, dice tan agradable. En África somos muy humildes, me había avisado. Muy agradables. Sin embargo, tuvo que huir. No les gustaba cómo quería.

Después de siete horas de vuelo, llegaron a Madrid. Se bajaron del avión. Pasaron una cinta mecánica. Y subieron por unas escaleras. Al final de ellas, había la

policía. Sólo llevaba el pasaporte encima. Él y su amigo, Chernó. Delante de ellos había una chica de Senegal. ¿Cómo estás?, le preguntaron los agentes. ¿Bien? La gente puede ir con papeles falsos, sugiere. ¿Dónde vas? ¿Barcelona? Vale. La dejaron pasar. Lo tenía todo en regla. A diferencia de ellos. Lamin fue directo al grano. La policía los apartó. *Stay here*, les dijo. Eso hicieron. Por poco tiempo.

Los enviaron a una sala donde la gente pide asilo. Se pasaron diez horas allí dentro. Estaban cansados. No habían comido. Les dieron una hoja y les cogieron las huellas. Ahora ya saldré a la calle, pensó.

- ¿Pudisteis salir?
- No. Nos metieron en una furgoneta. Pasamos por un túnel. No sabía dónde estaba. Luego entramos en otra sala. Nos cogió un policía y subimos a un ascensor. Paramos. Otro policía, otro ascensor. Y así, no sé cuántas veces. Subimos. Bajamos. Subimos. Bajamos. No sabía si estaba arriba o abajo.

Finalmente, llegaron a otra sala. La sala. Había gente de África y Latinoamérica. La mayoría para pedir Protección Internacional. Como ellos. Les chequearon

y pusieron sus cosas dentro de una bolsa de plástico. Parecía un calabozo, exclama. En tres días, le hicieron una entrevista. ¿Cómo llegaste aquí? ¿Por qué viniste?, etc. Tenía un abogado, un traductor y una persona de la Cruz Roja. Lo explicó todo. Sin problemas. Venían como pareja. Por cada entrevista tenían que contar lo mismo. Muchas entrevistas. Una única historia: Todos me preguntaban las mismas cosas y yo no entendía por qué, se queja. Siempre iba a responder lo mismo. Pensaba que no me entendían.

Seguramente, no todos le entendían. No por el idioma. O porque no dijera la verdad una y otra vez... Claro. Es que no venía por ocio. Como un turista. Para explotar las calles. Venía por obligación. A buscar protección. A salvar su vida. A entrar dentro de los sacos *Inmigrante y Sin papeles*.

- Si me dejaban entrar a España, me daban un papel.
- ¿Te lo dieron?
- Me enseñaron cuatro. No querían aceptar mi historia. Ni darme asilo. Me dijeron que tenía otra entrevista. Si salía mal, me devolvían a mi país. A mí y a Chernobyl, que contamos lo mismo.

La chica de la Cruz Roja le ayudó mucho. Era muy buena chica, muy buena chica, repite. Por las noches, se quedaba sentado. No dormía. Escribía El Corán. Lo leía. ¿No vas a dormir?, le preguntaban. No, respondía él. *I'm not fine. I miss my family. I've been here for sixteen days.* ¡Dieciséis días!, corto su expresión ligera. La chica de la Cruz Roja y la abogada intentaron calmarlo como pudieron: Tú cuenta la verdad, le decían. De forma muy clara. ¿Puede aclararse más la verdad? Empieza a usar los dedos para escribir encima de la mesa. Como si buscara la claridad en ella y no en sus palabras. O entras o te vuelves, le dijeron. Ahora tienes la última oportunidad.

Era ya 21 o 22 o 23 de abril. No se acuerda bien. Llevaba más de quince días ya. Así que mientras algunos que habían llegado a España el mismo día que él, habían frecuentado y comprado y comido y dormido tranquilamente en multitud de lugares; Lamín y Chernó habían estado ahí. Encerrados. A la espera de una respuesta.

Ese día, estaba rezando. Y vino la chica de la Cruz Roja. Muy pronto por la mañana. Te darán la respuesta en dos días, le informó. Dos días más. Venga. Por cómo vendrían ya sabría qué habían decidido.

Alguien te está llamando, le dijo. Tus papeles. Abre tanto los ojos que podría caerme dentro. Sonríe. Se ríe. A carcajadas. Hoy vais a entrar, le dijo el traductor. Firmad aquí. Les dieron un papel. Uno para Lamin. Uno para Chernó. Uno a cada uno. Firmaron. Les dieron la dirección del Hotel Welcome y billetes de bus. Tenéis que ir aquí y luego aquí, decían. No sabía nada de ahí fuera. Le daba igual. Lo habían conseguido. Por fin.

- ¿Pensaste que te regresarían?
- Yo veía que devolvían a mucha gente. Aun habiendo venido a pedir protección. Si la gente tiene problemas en su país, tienes que darle protección en el tuyo.

No se enteran. No se quieren enterar. Devolverlos es como lanzarlos a un mar lleno de pirañas. Aunque, bueno. Lo que les estaba por venir, tampoco era agua clara. Salieron de esa sala. La sala. Cogieron el ascensor, otra vez. Y llegaron al aeropuerto: Pensaba que estaba en una especie de cárcel, sostiene. Se despidió de la de la Cruz Roja. Lloró. Mucho. Vuelve a emocionarse al recordarla. Y me repite que era muy buena persona. Muy buena persona.

Después de coger un bus, un metro y caminar diez minutos, llegaron al Hotel. No es un hotel, dice. Es un sitio para refugiados e inmigrantes. Había mucha gente africana. Con sólo verlos podía reconocer de qué país eran. Latinoamericanos, también.

No estaba acostumbrado a hablar con tanta gente. Así que se relacionaba más bien poco. Compraba su propia comida en *Aldi*. Jugaba al fútbolín. Dormía. Llamó a su madre, por fin.

- No sabía nada de mí. Si la hubiera llamado en el aeropuerto hubieran pensado que no tenía graves problemas en mi país como para poder llamar y decir dónde estaba.
- ¿Qué te dijo tu madre?
- Que la policía había venido a buscarme.
- ¿Le explicaste todo?
- Lo que pasó esa noche. Que estaba en España. Que no me llamara más. Que rezara por mí.

Eso hizo. Cada noche. Cada día. La primera semana de mayo, le llamaron los de la Cruz Roja para informarle

de que ya podía ir a recoger su tarjeta roja en la Oficina de Extranjería. En Alfonso XIII. Parece como si se tratara de un premio. O algo así. ¿Quieres quedarte en Madrid o ir a Barcelona?, le preguntaron. No sabía. Le aconsejaron Barcelona por su pasión por el futbol. Me gusta mucho el futbol, reconoce como si sacara el tema por primera vez. Sonríe. Parece un niño cuando habla de futbol.

El 10 de mayo llegó a Barcelona en autocar. Siete horas. Estuvo muy incómodo. Lo entiendo. Es realmente alto. No sé dónde metería las piernas. En la Oficina de Extranjería le comunicaron que el 11 se encontraría con Claudia⁷ de ACCEM⁸. En Arc de Triomf. Es mi lugar favorito, advierte. Por eso te dije de quedar ahí. Es cierto. Pero estábamos en Sagrera. Llegábamos tarde los dos y caímos en la cuenta de que estábamos más cerca de lo que creíamos. No nos hacía falta ir tan lejos.

Fue con Chernó a encontrarse con Claudia y se dirigieron juntos a ACCEM. Explicó su historia. Otra vez. Le dieron una llave para un piso en el centro de Gran Vía: ¡Nos dieron una cama de matrimonio!, se

⁷ Técnica laboral de ACCEM.

⁸ ONG española fundada en 1990. Presta servicios y atención a personas refugiadas, migrantes y en riesgo de exclusión social.

exalta. Compartieron piso con uno de Camerún, uno de Bangladesh y otro de Salvador. Con el de Salvador se hicieron muy amigos.

Los primeros seis meses dentro del trámite de la Protección Internacional, no tenía autorización de trabajo. Tenía que subsistir con lo que le diera ACCEM. No quería estar sin hacer nada. Se puso a hacer cursos en la Asociación. En tres meses, aprendió castellano: Pensaba que lo iba a dejar porque era muy difícil, declara. Pero me decían que era muy inteligente y que podía. Pudo con el A1, el A2 y ya va por el B1. Además de estar sacándose el título en soldadura. Después de esperar seis meses, obtuvo su autorización para trabajar.

- ¿Encontraste trabajo rápido?
- Mi primer trabajo fue en una tienda de bicicletas. Cobraba en negro.

Pienso en la expresión *cobrar en negro*. Bueno. No sé. Nos falta tanto. Por aprender, digo.

- ¿Y con contrato?

- En verano de 2018. En el Hotel Trip Apolo de Paralel. Fregando platos. Limpiando. Sacando la basura. Mucho trabajo. Me quedaba un mes para terminar la última fase en ACCEM. Tampoco quería vivir de ayudas. Estaba muy contento de mi primer sueldo con contrato.

Me enseña su mano. Grande. Y su dedo. Larguísimo. Con un tajo en el medio que le rodeaba todo el dedo. Se cortó. En el trabajo. Llevaba dos meses ya. Se ríe: Tenía que atarme el delantal y le faltaba un agujero. Así que con mi mente africana, cogí un cuchillo y me corté. Sin querer. Muy mala hostia. Salía la sangre disparada, detalla. Me contagia su humor. Fue a la Mutua. Le pusieron cinco puntos.

- ¿Te dieron la baja?
- Me curé en diez días. Quería volver rápido al trabajo para que no hubiera ningún problema. Volví. Me habían cortado el contrato.
- ¿Qué hiciste?
- Fui a ACCEM. Ellos llamaron al Hotel. Me volvieron a coger pero me enviaron a otra dirección. María Cristina.

Le querían despedir. Por haberse cortado un dedo. En su horario laboral. Al cambiarle de dirección, le modificaron el contrato. Duró poco. En febrero, volvieron a llamarle: Hola - Hoy no hace falta que vengas - Estás despedido. Y colgaron. Se ve que hicieron lo mismo con otro chico. Se cortó con un árbol de navidad.

Fue a la Oficina para devolver el uniforme. Estaba despedido. Decididamente. Había compañeros que se habían quejado de él, según le dijeron. No tenía mal rollo con nadie, reconoce. Le dijeron que un día, había estado veinte minutos en línea. Era mentira. Su móvil estaba en la taquilla. Mi móvil está en línea, se defendió. Yo no. Él, no. Nunca llegaba tarde. Al contrario. Había días que hacía horas de más. Sin cobrar. Nunca pidió los días de fiesta que le tocaban. Le despidieron. Sin respetar los quince días de antelación para comunicarlo. De la noche a la mañana. Le llamaron que aun estaba durmiendo.

- ¿Denunciaste?

- Denuncié a la Empresa Eulen⁹ con la ayuda de ACCEM.
- ¿Conseguisteis algo?
- Teníamos que ir a juicio. Ellos no querían y me dijeron que me darían una parte del dinero.

Lo cogió. Porque lo necesitaba. Porque no sabía qué iba a ser de él si tenía que esperar siete meses a que la Justicia hiciera eso. Justicia. O injusticia. Quién sabe. No quiso remover el dedo en la llaga. Demasiado bueno, pienso. ¿Realista? No sé. Espabilado, seguro. Se apuntó a un taller para encontrar trabajo.

- ¿Y ahora?
- Estoy en el Hotel Catalonia de la Calle Pelayo. Tengo jornada completa.

Le felicito. Tiene jornada completa hasta la fecha de caducidad de la tarjeta. Si se la renuevan, le mantienen el contrato. Te la van a renovar, le digo. Ya verás. Pero no le importa: Cuando pedí la Protección Internacional me dijeron que podía estar dos años en

⁹ Corporativa especializada en servicios de limpieza, mantenimiento y auxiliares en España.

espera. Puedo encontrar papeles de otra forma. Dije mi verdad. Presenté todo que se me pedía. Si pasan tres años, tengo el arraigo. Dos años es mucho.

Dos años en *stand by*. Se dice rápido. Le han pasado tantas cosas. Ya no está con Chernobyl. Desde el año pasado. Él ahora está en Gerona. No está bien, dice. Echa de menos a su familia.

- ¿Echas de menos a la tuya?
- Hablamos por *whatsapp* dos veces por semana.
- ¿Querías volver?
- Algún día... Pero me podrían estar buscando. No me fío de nadie. *Gay aquí no*.

Gay aquí lo pueden matar, me repite. Quiere encontrar una estabilidad aquí. En Barcelona. Cobrar muy bien. Traer a su familia. Vivir aquí. Trabajar aquí. Estar bien.

- Quiero cambiar mi nacionalidad. Lo tengo todo aquí. Mi país no es mi país. Aquí es mi país.

Hablo mucho, me dijo cuando empezamos. Y yo que no quería levantarme de la silla. Me sabe mal estar tomando té y que tu no tomes nada. ¿No tienes

hambre? Estoy acostumbrado, me respondía. Se le secaba la boca a ratos. De no comer. De no beber. De hablar. De emocionarse y no soltarlo. Su boca hecha a medida a su cuerpo. Grande. Agradable. Humilde. Y el corazón... Por supuesto. El corazón, gigante.

- España es mi país, te lo juro.

Le creo. Te creo, Lamin. No te vayas. *Stay here.*

LUDIVINA

Es sábado. ¿Quedamos el martes, entonces?, me pregunta. Bueno, vale. Cierra la galería de arte. Caminamos un rato juntas. Está contenta de su nuevo negocio. Tiene mucho trabajo. Es lo que hay, me dice. No. No me gusta esta frase. Es lo que hay para ti. Para mí no, se responde. Me río. Llegamos al portal de su casa. Nos abrazamos. Fuerte, fuerte. Pues hasta el martes. Me mira, seria, con los ojos muy abiertos. ¿Sabes qué?, me coge. Sube. Tengo un vino muy bueno.

Llevo... Se ayuda con los dedos de una mano mientras con la otra pica el ascensor hasta su planta. Doce años en España. Abre la puerta. Se descalza. Me mira. No le gustan los zapatos dentro de casa. Me los saco, también. Va corriendo al salón y pone música desde la tele. Música africana, claro.

- ¿Echas de menos África?
- Hace tres años tuve una crisis. Lo típico de cuando la tierra te llama. Sentía que tenía que volver. Dejé el trabajo. La casa. El novio. Fui al

Decathlon, puse lo que cupo, me compré el billete y me fui sin saber cuándo volvía.

- Pero sí a dónde ibas.
- A Marruecos, Senegal, Gambia, Ziem Shore y Guinea Bissau, donde nació.
- ¿Cómo fue el reencuentro con tu país de origen?
- Fue muy muy fuerte. Hacía diez años que no iba. No sé cómo explicar lo que sentí. Nada más aterrizar, se me llenaron los ojos de lágrimas. Sentí que algo muy inmenso me invadía. No sabía qué me pasaba. El aire olía diferente. Todo era diferente...

Descubro la sensación que me explica. No por sus palabras, que también. Sino por sus ojos. Los tiene rojos. Mira hacia arriba para aguantarse. Y sigue contando: Viajé sola. Crucé la frontera. Es muy peligroso. Debes conocer el idioma para poder comunicarte con normalidad con la gente. Dar el pasaporte si te lo piden. Si te ven con cara de guiri te

cobran una burrada. No puedes decir que no porque te matan y nadie se entera.

Empezamos bien, pienso. Así funcionan las cosas, se resigna. Tuvo suerte de juntarse con un grupo de mujeres con niños. Una de ellas le dijo que no hablara. Tenía el mismo apellido que su madre, así que se hicieron pasar por familia. Entonces tenía 23 años. Llevaba el pelo teñido de rubio. No recordaba ni quién la había criado ni cómo estarían sus familiares. Quería saber quién era, asegura. Por eso volvía. A Senegal. Su primera parada. En casa de sus tíos, que un tiempo atrás también fue la suya. Todos la estaban esperando. Despiertos. Eran las seis de la mañana. Nadie durmió. Estaban expectantes para ver cómo regresaba, cómo estaba. Desde luego, estar en Europa le había hecho cambiar la mentalidad.

- Cuando vienes de fuera, le gente se piensa que llegas con un montón de dinero. Como para dar a todo el mundo. Se te acercan extendiéndote la mano.
- ¿Estuviste bien?
- Fue muy raro al principio.

- ¿La adaptación?
- Sí... No podía sacar dinero de ningún cajero porque los bancos no funcionan. Tuve que llamar a mi hermano para que me enviara si no quería esperar horas de gestión.
- ¿Y con la familia?
- Súper emotivo.

Al segundo día de llegar, le dijo a su tío que fueran a dar una vuelta. Pasaron por el mercado más grande que hay. Gente corriendo. Fruta tropical. Coches sin semáforo. Muchísima vida caótica pero con un control increíble. Caminaban sin prisa hasta que fueron a parar a la Plaza de los Imperios. Donde está la Casa Presidencial¹⁰: Mi tío me explicó historias que había vivido mi padre con sus novias, me cuenta. En ese momento estaba grabando. Vete, me dice de pronto mi tío. Me giro y veo que va hacia los militares. Se puso en medio de la carretera. De rodillas. Me gritan a mí. Y yo en plan: ¿Qué haces? ¿Quién eres tú para llamarme así? Me acerco, igualmente. Me dicen que me ponga de rodillas. ¿Pero qué es lo que he hecho?, pienso.

¹⁰ Presidida por el actual presidente Macky Sall desde abril de 2012.

La gran sonrisa que se extendía sobre su rostro después de cada frase, se desvanece, de pronto. Ya no ríe. Deja la copa con vino negro sobre la mesa. Le quitaron la cámara y con ella el pasaporte y el dinero. Le apuntaron con la pistola. Ahora sí que te vas a poner de rodillas si no quieres que te remate, le gritaron. No entendía nada. Le quedaban tres semanas en África y ya se quería regresar. Su tío quería protegerla. No podía. Se quedaron paralizados. Ambos.

- ¿Qué pasó?
- De repente, salió un oficial de la Casa. Reconoció a mi tío porque mi abuelo había trabajado ahí. Le pidió disculpas. Tenéis suerte de tener familia en la Casa, nos dijeron. De no ser así, nos hubieran matado. Tranquilamente.
- ¿Por qué motivo?
- No se puede grabar ese recinto sin permiso. Hay muchos conflictos a nivel político. Ellos interpretaron que íbamos a hacer un reportaje sobre la mala gestión del presidente actual.

El caso es que no pretendía hacer ningún reportaje. Empezó un proyecto en *École Abdul Basit*¹¹. Quería concienciarlos para que nunca se despidieran de su inocencia ni imaginación. Siente nostalgia por su niñez: Las escuelas son enormes, describe. En una clase hay cincuenta alumnos por un profe. Es un lío. Si no te portas bien, te dejan el culo rojo. A mí me castigaron de todas las formas cuando llegaba tarde o se me olvidaba la bata rosa. Te suben sobre la mesa con los pantalones bajados y te dan azotes.

- ¿Estás a favor de este tipo de educación?
- Yo allí he aprendido cosas de la vida que aquí no. Un profesor me dijo un día: ¿Tú crees que la gente fea se casa? Bueno, si no eres guapo no, te casas, le contesté. Y me dice: ¿Lo más importante es la belleza? ¿Te parecen guapos todos los hombres y las mujeres casados y con hijos? Piensa por qué están casados, me respondió.
- No te dan una respuesta clara.

¹¹ Escuela de Dakar.

- Claro. Al cabo de los años ves que no se te van de la mente porque has tenido que indagar tú con la madurez. Todas las personas somos especiales. La imagen es lo que nos hacen creer para vendernos de cara a los demás.

Tiene razón. Sus palabras. Sus movimientos. Toda ella contiene una armonía que trasciende lo material. Te atrapa. Al mismo tiempo que ella no se deja alcanzar. Por eso regresó a España, tres semanas más tarde. A pesar de remolcar siempre su añoranza por África. Tenía propósitos en mente.

A partir de las fotografías que tomó en esa escuela, pensó en crear su propia ONG. Fundaron CohesionArt¹² para trabajar en Guinea Bissau, su país de origen: Tenemos dos proyectos en marcha. Una papelería en la única universidad de derecho que hay y 24 mujeres en 24 fotogramas. La mayoría son muy inteligentes. No han podido seguir sus estudios porque se han tenido que casar, tener hijos, no tienen medios...

¹² Fundada en 2017. Quiere trabajar en el desarrollo de las personas de diferentes culturas y comunidades, y reducir las desigualdades sociales y de género.

En España, destinan los recursos de la ONG para hacer sensibilización y ofrecer talleres de danza africana. Hay que cambiar el chip de cómo es África, asegura con esa sonrisa inmensa, otra vez. Y otra vez, vuelve a coger el vino que había dejado un rato abandonado sobre la mesa de vidrio.

- ¿Fue difícil volver a España?
- Esta vez no. La primera vez, sí. Fue muy duro.
- ¿La primera vez cuándo fue?
- En febrero del 2007. Hace doce años. Yo tenía 14. Mi hermano pequeño 12 y el mayor 16. Imagínate tres niños. Vais a cruzar todo el continente africano para ir a Europa, nos decían. Os metéis en este avión cuando lleguéis a Marruecos. Preguntad. Averiguad. No perdáis el billete. Así lo hicimos. Muy unidos.
- ¿Por qué solos?
- Sólo nos dieron tres pasaportes. Mis padres nos esperaban en el aeropuerto de Barcelona.

- Qué espabilados.
- Fue complicado. Estuvimos más de un día de viaje. En Marruecos nos pararon como once horas. Como éramos menores, no nos dejaban salir. No teníamos nada de comer. La comida del avión fue horrible. Quería mi comida africana, mi salsita, mi arroz...

El trayecto fue toda una odisea. No es tan fácil salir, asegura. Yo tengo otra perspectiva porque gracias a mis padres he podido viajar. Para la gente que no es joven o no tiene recursos, no.

Al final, pudieron irse. Casi sin problemas. Llegaron bien a España. Pero con mucho frío. Sus padres fueron a buscarlos y directamente se dirigieron a Lérida. A casa de sus padres. Empezaba una etapa distinta: Fue muy raro, recuerda. El primer año, fue el peor. Por el clima, el idioma, la gente, la comida... Echaba de menos la comida de mi tía, se ríe.

Llamaba llorando, muy nostálgica. Llegó a pesar 79 kg porque no quería hacer nada. Estaba deprimida. Aunque en cinco meses ya hablaba perfectamente el catalán y a los ocho el castellano. En Senegal, vuelve, aprendí el francés en una escuela privada y me ha

dado una facilidad enorme para los idiomas. Cuando estaba allí pensaba que Europa era lo mejor. En cambio, al llegar, me sentía demasiado incómoda. Por primera vez en mi vida, siendo consciente, tenía a mi padre y a mi madre. Podía decir papá y mamá al mismo tiempo.

Le vuelve la emoción por momentos. Intuyo que no quiere entrar en el tema. Sus ojos. Otra vez están rojos. Sonríe. De los 14 a los 18 vivió con sus padres y sus hermanos en Corbins¹³. Fue bien pero con muchas diferencias. De repente tuvo que respetar a unos adultos que no había tenido en los últimos años. Fue chocante. Se enfadaban continuamente. La querían casar antes de los 18...

Suena su móvil. Lo mira. Su expresión cambia tanto que le pido por favor que lo coja. Es su novio. No se lo piensa y descuelga. Tiene una sonrisa tan noble que pienso que ojalá dure bastante la conversación. Le brillan los ojos. Está enamoradísima. De su novio. De su tierra. Del vino que va bebiendo a sorbitos. Suelta una risa que no se acaba. Y acaba colgando. Es de decisiones rápidas. Acción reacción.

¹³ Municipio de Lérida.

Cuando tuvo la mayoría de edad, dio las gracias y se fue a Lérída capital. No encajaban. Como tampoco en Lérída que se le quedaba pequeña. Fue fluyendo por los trabajos hasta que fue a parar a Barcelona. Hace seis años. Solicitó un traslado por su nuevo empleo. Una joyería: Estuve un año trabajando con ellos, dice contenta. Una vez, nos compramos un billete de lotería con otra empleada y nos tocó. Mi madre me había dicho que comprara seis. Tiene una sensibilidad especial y nota ciertas cosas.

Habla de ella como si la conociera de toda la vida. Sin embargo han vivido más tiempo separas que juntas. Tal vez hayan estado conectadas por la sensibilidad de la madre. Y la de ella, que estoy segura que también tiene. No sé si le debe guardar rencor. Se la ve tan bondadosa.

- Soy respetuosa y educada. Espero una comunicación con las personas. Me fui de casa de mis padres porque eran desconocidos para mí.

- ¿No habéis vivido nunca juntos?

- Solo en mis primeros cuatro años de vida. De los 4 a los 14 años se fueron. Es una etapa crucial para una niña.
- ¿Dónde?
- Mis padres eran los médicos del pueblo. Tenían muy claro que no se quedarían en África, y menos con sus hijos. Mi padre tuvo la oportunidad de viajar y dijo: Pues mira, me voy a ver qué pasa. Vino a Europa para estudiar. Le pedían muchos papeles. No lo consiguió. Y empezó a trabajar como mecánico. Y mi madre...

Vuelven a cristalizársele los ojos. Le digo que pare. No hace falta que me hables de ellos, si no quieres. Coge la copa de vino y bebe un sorbito más. Es extraño porque no parece que baje el líquido. Aposenta los labios mayúsculos y carnosos al borde de la boca. Tira la cabeza hacia atrás. Y traga. Algo pasa por la garganta. Lo veo. No baja. Pero sigue.

- Mi madre se tenía que ir a viajar. Quería disfrutar de la vida. Su trabajo de enfermera no la llenaba. Tenía que estar pendiente de tres niños. No podía desarrollarse. Es una persona

muy inteligente. Habla muchos idiomas. Empezó viajando por países de África y luego se juntó en Lérida con mi padre.

Dice que lo entiende. Estudiar en África para una mujer no es fácil. Tuvo que luchar mucho para conseguir su título de enfermera. Quiso seguir luchando por sus sueños. Como su marido. Reparo en su dolor. Cuando una persona decide ser madre o padre, lo es hasta el día que fallece, reconoce. No, ahora sí. Ahora no. Esas cosas te las piensas. Le cojo la mano.

- ¿Qué pasó contigo y tus hermanos?
- Fuimos a Senegal. En la capital Dakar. Vivimos ocho años con nuestros tíos. No teníamos con quien quedarnos en Guinea.

Guinea. Habla de su país con un amor incondicional. En verdad, habla de todo con gran pasión. Pero de Guinea, todavía más. Se le eriza la piel. Me contagia. Guinea es uno de los diez países más pobres del mundo, advierte. Hay puntos que son muy peligrosos. Te roban. Te atracan. Pero el país es muy rico. Hay fruta por todos lados. Puedes parar a cogerla porque es de todos. Hay gente pescando en el mar. Gente con

su barbacoa. No es pobreza. Si la gente tiene eso no tiene la preocupación de pagar nada. Si no de ser feliz.

De eso se trata. De conseguir ser feliz sobrellevando la ausencia de sus padres. Cambiar de referentes. Ser ella la suya propia. Crecer.

Compartió su infancia y parte de la adolescencia con sus tíos y sus primos. Vivían catorce personas en la casa entre los tíos, los primos de sus tíos y los hijos del tío que tuvo con otra mujer. Más las visitas. Era una casa pequeña, insiste, pero siempre estaba llena. En verano eran más. Se movían de un lado al otro con autocares. Me enseña una foto: Tienen siempre la puerta abierta. No se para. Te bajas en marcha. Sin límite de personas. Las carreteras no son buenas. Las maletas van arriba. ¿Y si se caen? Es lo que hay, expresa. ¡No! No existe esta frase para ti, pienso.

- ¿Echabas de menos a tus padres?
- Cuando nos separamos de mi madre se me rompió el alma. Me dolió mucho. Cuando me vino la regla, necesitaba a mi madre para que me calmara. Para que me dijera que no había hecho nada malo. Que no tenía por qué sentirme mal. Que no me iba a morir.

- ¿Y tu tía?
- Trabaja mucho. Se levanta a las cinco de la mañana. Coge un autocar para ir donde llegan las frutas frescas y vuelve a las siete para estar en su plaza de mercado.

Tampoco veía a su tío, apenas. Trabaja en la ciudad, Para los franceses. Estuvo ocho años conviviendo con ellos sin pasar demasiado tiempo en familia. Ocho años esperando el visado. No estaban sus padres para agilizar ciertas gestiones.

- ¿Por qué vinisteis?
- Por reagrupación familiar.

Suena el teléfono, otra vez. Será uno de mis familiares, me avanza. Ya verás. Adelino. Es su padre. Qué fuerte. Se ríen. Hablan. En criollo, un derivado del portugués mezclado con dialectos africanos. Después de todo, pienso, no le guarda ningún mal augurio. Cuelgan.

- Cuando tienes parte de la familia en un país, pueden hacer una solicitud para que te reagrupes con ellos. Salieron los visados y vinimos.

- ¿Y una vez aquí?
- Tienen que acreditar que somos sus hijos. Hay muchas falsificaciones de documentación. Tenemos un hermanastro en África que no pudo venir porque era mayor de edad. Hay quien se cambia la edad para venir.
- ¿Fue un proceso rápido?
- Estuvimos de embajadas aquí y allá para conseguir la tarjeta de residencia. Tres meses de trámites. Y hay limitaciones. No puedes trabajar. Cada cinco años tienes que renovarlo. En fin.

En fin. Parece que esté a punto de saltar de alegría. Del sofá al menos. Y eso que no ha bebido ni una gota. Espera. Sí. Tiene la copa vacía. Pero si parecía que no bebiera. No entiendo. ¿Magia? Me hicieron un test de coeficiencia y me saltaron dos cursos, se ríe. Me hicieron hacer tercero directamente. Cuando convives mucha gente, razona. En una casa muy pequeña. Durmiendo muchas personas en una cama. Sin intimidad. Duchas conjuntas y rápidas. Desayunar e ir a clase. Te desarrollas de otro modo. Lo echo mucho

de menos, apoya la cabeza con una mano. En realidad está cansada. Sin embargo tiene una energía que estoy convencida de que si se lo propusiese podría salir de fiesta y bailar toda la noche. Comprendo lo que me ha explicado de la educación en África. Es algo que no se enseña en ningún aula. Sino en la calle. Con la gente. Tocando la naturaleza a cada paso. Aprender de ella. De la felicidad. La libertad. La vida, al fin y al cabo. Un alma libre la de Ludivina. Todavía no había pronunciado su nombre. No hacía falta. ¿O sí? Ludivina. Repito. Luz Divina.

ZUM

Es lo que te digo, me advierte. Si volviera atrás en el tiempo, nunca hubiera hecho algo así. No quiero seguir con esto. Estoy perdiendo más vida que nunca. Estoy cansado de Europa. No me facilitan nada. ¿Cómo vas a progresar si no te facilitan nada? Si lo hubiera sabido. Si lo sabía. Si pudiese volver atrás. Si lo sé. Nunca. Nunca lo habría cogido. No lo hago ni loco. Ni loco. Ni. Si...

- Si lo hubieras sabido, nunca hubieras cogido el barco.

- Es de locos.

Seis veces conté esta frase de todas las maneras que fue capaz de expresar. No fueron suficientes. Ni para él. Ni para mí. Ni para los que saben de qué se trata. De haberlo visto. De haberlo oído. Por la televisión. Por la radio. Por Internet. En tierra firme. Como un zumbido. Zum... No sé escribir esta historia.

Llueve. Hace un poco de frío. Y eso que ya se acerca el verano. Espero en la salida del metro de Badalona con un paraguas verde. Verde, verde. Veo a un hombre (negro) observando la zona con un carro de la compra. Lo aparca. Entra en la parada de metro. Deja el carro ahí, sin protección. Se lo van a robar. Baja. Contemplo el paisaje mojado. No viene. Veo que el chico del carro (que ya no lleva carro) sale por otra salida. No entiendo. Me está buscando. Es Zum. Claro. Cruza el semáforo. Voy para saludarlo. Sonrío. Pasa de largo, se reúne nuevamente con su carro y se va. Pues no. No era él. Me quedo mirando a otro hombre (blanco) que no tiene paraguas. Este no es Zum. ¡Hola!, me saluda alguien por detrás. ¡Ahora sí! Con gorra y unas gafas de sol encima de la visera. Aparece.

A principios de septiembre de 2006 llegó a las Canarias: Eran las ocho y media de la tarde, detalla. Enseguida nos metieron en un campo de inmigrantes y refugiados. Como un CIE¹⁴. Puedes estar más de un mes ahí hasta que deciden si te dejan entrar o te devuelven. Según de dónde vengas y cuáles sean tus

¹⁴ Centro de Internamiento para Extranjeros.

circunstancias. El presidente que había en Gambia era un dictador. Yahya Jammeh¹⁵.

No le devolvieron. Lo enviaron a Barcelona. En DGAIA¹⁶. Un centro de menores. Ahí le entregaron la tarjeta roja¹⁷ que tenía que ir renovando: Primero, al cumplir un año; Luego, cada dos años; Y, finalmente, cada cinco. Entonces tenía 14 años. Pero como un familiar suyo vivía en Lérida, le mandaron con él. No estuve bien, reconoce. Quería más libertad. Se fue. Tras pasar dos años de discusiones con su tío, decidió marcharse para Barcelona.

- ¿Cómo llegaste hasta Barcelona?
- Solo. No sé. Como viene mucha gente.
- ¿Tenías a alguien aquí?
- Estuve en casa de unos paisanos míos. Luego vi que se tenía que pagar la luz, el agua, la comida,

¹⁵ Ver pie de página 2.

¹⁶ Dirección General de Atención a la Infancia y a la Adolescencia. Se ocupa del bienestar de los menores que se encuentran en riesgo de exclusión social y les ayuda en su desarrollo personal.

¹⁷ Documento de identificación de un inmigrante en situación irregular. Tiene que ir renovándolo hasta que superar el proceso de regularización.

muchas cosas. No estábamos en el mismo punto de vida. Me echaron.

- ¿Dónde fuiste?
- Estuve en la calle. Hice lo que tenía que hacer. Me cogieron. Y me llevaron a DGAIA. Otra vez. Durante cuatro años.

Se queja de estos años. Dice que no le gustó nada porque tenía que aprender idiomas. Hacer cursos. Al final, reconoce, salió bien. Se sacó un curso de castellano y otro de soldadura.

A los 19 años salió del centro. Estuvo tres meses sin hacer nada. En Madrid. Era 2010 y le habían quitado los papeles. Hacía muchas tonterías cuando era menor, se defiende. Hasta que un día, un amigo suyo que estaba de prácticas en Schara¹⁸ le llamó. Necesitaban a otra persona para trabajar en la charcutería. Casualidades, se ríe. Volvió a Barcelona para empezar con su nuevo trabajo. Más esperanzado. Del 2010 al 2014 estuvo trabajando como charcutero con un contrato indefinido. Su jefa, dice, le apoyaba mucho.

¹⁸ Empresa Alemana especializada en charcutería.

- ¿En 2014 paraste?
- Tuve problemas con la ley. Me volvieron a quitar los papeles. No podía trabajar.
- ¿Entonces qué?
- Luego me los devolvieron. Pero en 2016 me los volvieron a quitar. Y en 2017, también. Fue la última vez que los tuve. El Estado me los bloqueó.
- ¿Por qué?
- Vender hierba. Peleas. Resistencia a la autoridad.
- ¿Cómo vas a volver a conseguirlos?
- Estoy esperando. Cuando me los devuelvan, ya me han dicho que me volverán a contratar en la charcutería.

Desde agosto de 2017 no hace nada. No tiene ayudas. No tiene trabajo. Sobrevivo, dice. A veces, le salen trabajos de tres días, de una semana. En obras,

mudanzas, reparaciones de casas... Está con trámites desde febrero. Y en la charcutería lo reclaman.

Se ríe. Se apoya en la silla, algo cansado. Del ramadán, seguramente. Se ríe: Si no te ayudan desde asociaciones o conoces a alguien, siempre tienes problemas. Se ríe: Si no tienes trabajo, no vives. Se ríe: Tienes que hacer otras cosas para vivir. Si no hay dinero, hay que trapichear. En la calle. Como sea. Reconoce que ha perdido mucho el tiempo. No vale la pena, dice. ¿Vale la pena?, pienso.

Quiere trabajar para enviar dinero a su familia. No quiere trapichear. Por el momento es su único plan. Su única opción, como dice él: Si no nos dan más opciones, tendremos que hacer otras cosas. Son todo presiones. Antes de tener un trabajo, encontrar los papeles. Antes de obtener los papeles, vivir en un sitio. Si no tienes trabajo, no tienes dónde vivir. Ya ves.

Mucha gente viene con estudios. Con oficios. Con talento. No sirve de nada cuando llegan aquí. Tienen que empezar de cero. Zum vino siendo un niño. Con 14. Habiendo cortado sus estudios. Su inocencia. Su ilusión en la vida.

- Desde que salí de Gambia no he tenido ningún destino. Vine para buscar más oportunidades. No las he encontrado. Es como si no hubiera hecho nada. Nada. No he hecho nada. He perdido el trabajo. Los papeles. Todo.

Es mentira. Le digo que le queda mucho. Por estudiar. Por trabajar. Por vivir. Está cansado. Ya no sé si es el ramadán. Es otra cosa. No se cura comiendo. Está cansado de vivir en España. En Europa. Es de locos, repite, una y otra vez. Quiere volver. Si no me va bien, dice, me vuelvo a mi casa. Puedo estar más tranquilo. Más cómodo. Aunque no tenga un 4x4. Aquí no tengo opciones. Las que tenía me las han cerrado. Para abrirlas hay que pelearlas. Tardan mucho. Me canso. Sigue viniendo gente y les digo que están locos.

No están locos. Sólo anhelan una vida mejor. Ahí se vive mejor, les dicen. Los que vuelven, lo alimentan. Zum estaba *bien* en Gambia. En Banjul¹⁹. Salí porque quise, asegura. Vino a eso. A buscar *una vida mejor*. Reconoce que mucha gente que ha venido, no quiere volver a África. Están bien aquí. Les va bien. No les dice nada. Está ocupado pensando cómo sobrevive.

¹⁹ Capital de Gambia.

- ¿Dónde vives ahora?
- Con unos colegas. Somos cinco. No me siento muy bien. Yo apporto con lo que puedo. No quiero ser una carga para ellos. Ellos me lo agradecen. Con el tiempo, te vuelves más reservado.

Apenas habla con su familia para contarles cómo le van las cosas. Sus hermanos están repartidos por el mundo. Uno en Alemania, trabajando. Dos en Inglaterra. Uno en Corea. Todos se fueron de África porque no les era suficiente. Un primo suyo roba dinero para pagarse el viaje. Otros trabajan de constructores con su padre. Han aprendido de él. Una profesión que podría estar llevando a cabo él. Le duele. Sus hermanas siguen en Gambia. Sus padres, también.

En 2017 –antes de que le volvieran a quitar los papeles– fue de vacaciones a visitarles. Se encontró con hermanas pequeñas que no había llegado a conocer. Se pusieron muy contentos al verme, se emociona. En cambio ahora, habla muy poco con ellos.

- Una vez mi viejo me preguntó qué me pasaba. Me quería pagar el billete para volver.

- ¿Volverías para quedarte?
- ¿Por qué voy a volver si la gente se está muriendo por venir aquí?
- ¿Te dirían algo?
- La gente se las apaña para vivir en Europa. Esto me mantiene para sobrevivir y quedarme.

Tanto jaleo. Se resigna. No quiere hablar ya más de los papeles. Y es su día a día. Ha recibido una carta del Ayuntamiento de Barcelona. Le comunican que tiene que presentarse para tramitar los papeles. Esto es, para que le digan si se los renuevan o no. Primero tiene que ir a la Policía Nacional para que le digan que ya tiene *limpio* el expediente.

Lo cierto es que sí que quiere volver. Lo tiene muy claro. Pero no quiere depender de lo que tenga su padre. Su viejo. Ya le ha pasado el tiempo, dice. Quiere trabajar un par o tres de años y regresar. No es vida, se queja. Sufro mucho. Me gustaría volver. Está tan claro para mí que voy a volver. No me renovarían los papeles y tendré que volver.

No lo duda. Ya no tiene la misma emoción. En su país, dice, podría tener lo que quisiera. Y se ríe. Algunos colegas míos prefieren pasarse cinco años en la cárcel para poder quedarse, cuenta. Te llevamos a la cárcel o te devolvemos, les dicen. Cárcel, responden sin pensar. Y luego ya están en España. Si se lo hacen a él va a pedir que lo envíen a casa: Cualquier sitio con libertad es mejor.

No quiere aguantar ya más este ritmo frenético. El movimiento constante. Las presiones. Los remordimientos de tener que enviar dinero a la familia para que sus hermanas puedan estudiar lo que él no quiso. Podría ser constructor, reconoce. Las oportunidades se van. El talento se pierde. Muchos se hacen pasar por pareja para conseguir los papeles. Aunque una amiga suya se lo propuso en 2016. No lo aceptó. ¿Este es el precio de la libertad?

Tiene claro que va a volver. Como también tuvo claro que tenía que venir. Aquí. A España. El 22 de agosto de 2006. Coger el avión es difícil, dice. Tuvo que coger otro camino. El mismo que escogió su tío un tiempo atrás. Había pagado 1500 euros para hacer este viaje. Después de dos semanas se informaron de que había llegado su barco. Sano y salvo. Coger el barco, dice, era una opción rápida. El cayuco. Es una palabra que ha

aprendido aquí. Patera. Busca sinónimos. Es igual. Un barco de unos catorce o quince metros, solamente. De aquí al coche blanco o la furgoneta, me especifica. De la mesa donde estamos hasta un coche aparcado detrás de tres coches estacionados en batería. Con noventa y dos personas a bordo.

- ¿Dónde se coge el barco?
- La gente sale mucho de Marruecos, Libia o Mauritania.
- ¿Ya no?
- También. Nosotros lo intentamos desde Senegal. Pero nos cerraron las fronteras.
- ¿No salió bien?
- Los procesos no funcionaron. Decidimos cogerlo desde Gambia. Fuimos los primeros que salíamos de Gambia a España.
- ¿Quién lo controla?

- Es un negocio que llevan los pescadores. Los que conocen el mar y el trayecto. Son los que empezaron con esto.

Y desde entonces no han parado de venir. Desconocedores de lo que les esperaba. Zum tomó esta decisión por curiosidad, dice. Por ignorancia. No sabía a dónde iba. Sólo de oídas. De tanto escuchar Europa Europa. Por su tío, también. Pensé que tenía que venir, reconoce. Solo. No le dijo nada a su madre. No le hubiera dejado, intuye. Tampoco se pudo despedir de ella. Sólo lo supo su viejo. Suerte y que Dios te proteja, se despidió. Le dio el dinero que necesitaba. Unos 50000 dalasi²⁰. Y le dejó marchar. Según su padre, ya era un hombre y tenía que tomar sus propias decisiones.

No sé si era un hombre. Fue el primer joven en salir de su ciudad. Había más consecuencias para él. Lo hizo como un impulso: Este hombre puede hacer esto. ¿Por qué yo no? No me importaba el peligro. Entrar o mueres. Si llegas aquí puedes ser alguien. Puedes ser importante. Con el tiempo he visto que esto es una basura. He visto la vida. Quien tiene la culpa es mi padre. Él lo sabía. No me paró.

²⁰ Moneda de Gambia.

No le paró. No. Aunque si lo hubiera hecho, se habría vendido el coche. Cualquier cosa. Para obtener la cantidad de dinero que costaba el billete. Tenía más energía. Más ganas. Más fe. Estaba lejos del estado de ánimo en el que se encuentra. Aunque la lluvia no le acompañe a sentirse un poquito mejor. Más esperanzado, por lo menos. Se ha vuelto más radical, observa.

Se pone bien la gorra. Si se la baja más, me verá reflejada en sus gafas. Me narra los acontecimientos como si estuviera cantando una canción de rap. Acaba casi todas las explicaciones con una risa. Frágil. La espero a cada decadencia de frase. Si no la hace, le sonrío. Le recuerdo que estoy aquí. Escuchándole. Intentando comprender su dolor. No es fácil.

Lleva trece años aquí, ya. Mucha gente que conocía ya no está: Tengo tres primos que no hemos sabido nunca qué pasó con ellos, se aflige. Cogieron el barco en 2010. Desde Libia. Se estuvieron comunicando con él hasta que no le dijeron nada más. Su barco se hundió, piensa impotente. Familias enteras han desaparecido en los mares. No han llegado a las costas. Han muerto. Muchos de los que consiguen llegar, los devuelven. Hay gente que la han devuelto

hasta tres veces y hasta tres veces o más han intentado volver, me explica.

Generalmente no hay mujeres que hagan estos trayectos. Zum cree que no quieren tomar esta responsabilidad. Aunque en el barco del hermano que ahora vive en Alemania había tres. Él viajó en noviembre de 2017. Con muy mal temporal. La mayoría, murieron.

En el de Zum, por suerte, sobrevivieron todos. Los noventa y dos. Había cinco nigerianos. Diecinueve senegaleses. Sesenta y ocho gambianos. Solamente había seis jóvenes contando a Zum. Se pasaron diez días de viaje. Los viví fatal, admite.

- ¿Cómo cupisteis tantas personas?
- Aplastados. Cada uno tenía un hueco para acomodarse. Como estábamos durante el día, era como dormíamos.
- ¿Cómo estabais?
- Algunos dentro apelotonados. Otros sentados en el borde del barco. En hilera. Uno detrás de otro.

- ¿Si se te cansaban las piernas?
- A muchos les salían llagas en los pies por el agua salada. Te levantabas un momento. Casi no podíamos movernos. Sólo podías hacer un paso para llegar al medio o al fondo. Dónde estás es donde tienes que apañarte.

Los tres primeros días muchos no pudieron comer, casi. Por el olor del mar. Las olas. Se mareaban. Si comían, lo vomitaban. La gente que está más acostumbrada al mar, come mejor, dice. Los pescadores, por ejemplo. Los pilotos. Senegaleses. Tenían la comida racionada por días. Por personas. Dentro de una bolsa de plástico para que no se mojara.

- ¿Entraba agua?
- Siempre entra agua. Nos turnábamos para sacarla. Si uno se cansaba, le tocaba al otro. Y así.
- ¿Os organizabais por tareas?
- Nos ayudamos entre todos. Los que tenían ánimo, hacían la comida. Había mucho estrés. Hubo gente que se le fue la olla.

- ¿Se agobiaron?
- Se quedaron paralizados durante el trayecto. No se movían. Entraron en pánico. Tenían pesadillas.

Él no tuvo. Los tres primeros días fueron tranquilos (para él). A pesar de que había gente llorando. Rezando. Sólo tenía ganas de llegar. No pensaba en lo que dejaba atrás. Ni dónde se encontraba. Estamos todos en el mismo barco, pensaba. Si a uno le pasa algo, los otros le socorren. Un día, un hombre cayó al agua. No sabía nadar. La mayoría no saben nadar. Cayó con una botella de agua de cinco litros. El agua flotaba así que pudo agarrarse a ella y volver a subir al barco. Se quedó en un susto.

Veían cosas desde la superficie del mar. Ballenas, concreta. Más grandes que nuestro barco. Los pescadores les distraían hasta que el animal marino pasaba de largo. Tenían que quedarse muy quietos. Si la ballena tocaba el barco, el barco se tumbaba. Zum vio una de noche. Se ríe al recordar el momento: Con la Luna, el agua del mar se veía muy clara. Se veía todo. No le hace gracia pero se ríe. Tiene que reírse para soportar lo que vivió esos días.

Al séptimo día, la comida se había terminado. Al agua le faltaba poco. Tenían la mitad de un vaso por día cada uno. ¿Por qué estoy aquí?, se empezó a preguntar. Al fin. No lo entendía. Aguantó. Los últimos tres días, recuerda, fueron los peores. Se dio cuenta de que había cruzado el Atlántico. Que estaba en medio del mar. De camino a Europa. Europa... Había abandonado su vida por Europa. ¿Reconocería esto Europa como un acto de amor por ella? De admiración. De confianza. De desesperación. No fue correspondido. No recibió nada a cambio. Está exhausto. Decepcionado.

Se encontraban ya en el mar entre Marruecos y España. Había muchas olas. Mucho viento. Mucha lluvia: Ese tramo está maldito, se queja riendo. Es donde más se vuelcan. Conozco a gente que ha venido en barco dos veces porque los habían devuelto. Se encuentran el mismo problema. Pillamos una ola de tormenta de veinte metros. No se puede parar el barco. Lo maneja un capitán.

- ¿Cuándo pasó esta tormenta?
- La última noche que estuvimos. El barco se empezó a rajar. Estaba a punto de romperse

del todo. Si estábamos un día más, nos hundíamos con él.

Por la mañana, después de toda una noche de angustia, no tuvieron tregua. Se terminó toda el agua que les quedaba. La gasolina. Pusieron una lona para que les llevara el viento. Habían reservado una botella para poner cuando vieran un barco y poder seguirlo. Nos íbamos a morir, pensaba. Ya estábamos muertos. Nos sentíamos muy dentro del Atlántico, todavía. Seguro. No querían que los detectaran desde Marruecos. Ni Mauritania.

El plan era quedarse naufragando en el mar. Hasta que alguien los interceptara. Se pone bien la gorra. Otra vez. Quiero preguntarle si está bien. No lo hago. La pregunta es estúpida en sí misma. Dejo que muera en mi cabeza y le sonrío. Sigue:

- A las doce de la mañana del 2 de septiembre, más o menos, nos interceptaron. Vinieron los de *Open Arms*²¹ a rescatarnos. Fue muy emocionante. Dejaron nuestro barco ahí, roto ya.

²¹ Salvamento marítimo que intercepta los barcos y recoge a las personas que han escapado de sus países por motivos económicos, conflictos o persecución y se dirigen a Europa.

- Estabais cerca de la costa, entonces.
- Hasta las ocho de la tarde no llegamos a Canarias. Imagínate. Ocho horas ahí. esperando. Nos hubiéramos muerto.

Llegaron. Estaban vivos. Todos. Los noventa y dos. Por la mañana no teníamos nada, se lamenta. Pero cuando se puso el Sol, cambió todo. Tocas la arena. Lo olvidas todo. Se ríe. Le brillan los ojos. Está emocionado.

Hay quien muere por el camino. Barcos que vienen con setenta personas. Llegan siete. ¿Dónde están el resto? ¿Y los que llegan? Tienen pesadillas. Tienen traumas de haber visto cómo la gente se cae. Se hunde. Se muere en el barco. Tienen que tirarlos al mar. Rezar por ellos. Enterrarlos bajo el agua. Crear otro tipo de cementerio. Lejos de la Tierra que ansiaban. Bajo el mar. El mar es para los peces. Vivos. Muertos. ¿Cuántas personas muertas hay ya en el mar? ¿Y vivas?

Está bien. Dice que conoce a muchos que estos viajes les ha afectado a la cabeza. Al cuerpo. A él, no. No sé. Quizás tenga razón. Se baja la gorra y vuelvo a ver mi reflejo en sus gafas. Si yo fuera él... No estaría bien. Tiene la cabeza en su sitio. De hecho, en tres horas y

por sus palabras, he reparado en su inteligencia. Ser inteligente, duele. Hay algo roto en él. Dentro de él... No sé. Decía Hemingway que es mejor que se te rompa una pierna a que se te rompa el corazón.

PARTE II
ENTRE AMÉRICA LATINA Y ESPAÑA

JULIA

Está sentada en un banco de la plaza. Nada más verme, se levanta ágil y me cuenta: Esta semana leí una noticia horrible. Un tal Caio dos Santos fue a acostarse con un tal Genilson José de Silva que conoció en Campina, a 100km de Sao Paulo. Caio descubrió que el otro era *trans*. Y lo mató. Le arrancó el corazón para luego esconderlo en su casa. Pero no llegó. La policía lo encontró de madrugada con el órgano vital en el bolsillo. No dio detalles. Sólo confesó con una sonrisa. Y a los periodistas les añadió: Era un demonio. Le arranqué el corazón. Eso es todo²².

- ¿Te fuiste por miedo de que te pasara algo así a ti también?
- No.
- Te fuiste porque querías.
- Sí.
Pero ahora no me planteo volver.

²² Catalunya.press [22/01/2019]

Es sábado ya. Las dos y media pasadas del mediodía en Barcelona. En Brasil cinco horas menos. Aunque hace ya cinco años que Julia no piensa en la diferencia horaria. Poco le importa. En una hora y media tiene que entrar a trabajar en una tienda de jerséis del centro de la ciudad. Así que ha venido un rato antes a Plaza Urquinaona para tomar un café y *habl·lar* como dice ella. Con ele muy geminada. Nació en Sao Paulo, aunque sus rasgos no coinciden con el perfil mulato que muchos atribuyen a las brasileñas. Tiene la tez blanca con los pómulos rosados y el cabello corto. Los ojos de un tono gris azulado o marrón agrisado. No sé. Y la nariz roja. Hoy ha salido después de estar dos días en casa con gripe.

Una vez en el *Citizen Café*, se sienta en la primera silla que ve y me mira, tranquila, como si estuviera en el salón de su casa. Se queja del aire que se cuele por la puerta que no quiere cerrarse del todo. Se resigna con una media sonrisa y exclama: Qué, ¿cómo estás? ¿Cómo estás tú? ¿Seguro que te encuentras bien? ¡Cl·laro! Me pediré un zumo de frutas a ver si me da vitaminas y fuerzas para *l·luego* trabajar, expresa con más fuerza. Cuesta entender lo que dice su voz sosegada que difiere del zumbido –casi insoportable– que resuena de fondo. Se queja de sus horarios

laborales. Y no se los cambian. Es igual. No quiere hablar del tema porque se pone de mal humor. Pero no mataría ni a una mosca, es vegetariana. De lo que sí que quiere hablar es de su país. Así que arranca:

- Brasil es el país donde hay más violencia contra los *trans*. Hay prejuicios en todas las partes de la sociedad, tienen que prostituirse para ganar dinero.

En 2013, se notificaron 312 asesinatos a personas LGBTI en Brasil. Una muerte cada 28 horas²³. Estas cifras se disparan con los años. Y es que según un estudio realizado por el Grupo Gay de Bahía²⁴, en 2017 se cuentan 445 muertes por homofobia: 387 asesinados y 58 suicidios. Esto es, una muerte cada 19 horas²⁵. No pasa un día sin que este colectivo vea peligrar su vida. Por eso Julia está aquí. Coge tanta carrerilla que cuesta preguntarle algo.

²³ Grupo Gay de Bahía (Relatório 2017): *Mortes violentas de LGBT no Brasil*.

²⁴ Organización no gubernamental fundada por Luiz Mott (Antropólogo y catedrático en la Universidad Federal de Brasil) en 1980 y presidida por Marcelo Cerqueira que trabaja en la defensa de los derechos de la comunidad LGBT. La sede se encuentra en Salvador de Bahía.

²⁵ Grupo Gay de Bahía (Relatório 2017): *Mortes violentas de LGBT no Brasil*.

- Yo he tenido muchos problemas por ser lesbiana. Salí del armario muy tarde, a los 24 años.
- ¿Ahora cuantos tienes?
- En febrero cumpla los 33. El año que viene celebraré mi primera década de bollera fuera del armario.

Finalmente, traen su zumo. Se queda mirando al camarero, riendo. Lo conoce. Vuelve a mirar a la puerta y se inclina para cerrarla. Se frota las manos con absoluta parsimonia. Caigo en la cuenta de que es Acuario, claro. Y como si quisiera huir de ser el centro de la conversación, me explica otra noticia: Ayer *he descubierto*, con un grupo de amigos, que hay un diputado político brasileño, gay, activista, elegido muchas veces, que acaba de renunciar tras los ataques homófobos que ha recibido del actual presidente Jair Bolsonaro y dice que va a emigrar para resguardar su propia vida. Se llama Jean Wyllys, concreta. Creo que me habla de él porque tienen mucho en común. La decisión de tener que huir del Brasil de Wyllys y Julia reside en la dicotomía entre vivir con su libre albedrío sexual o sobrevivir arrastrando la discriminación

homófoba porque, admite, que la homofobia se percibe desde la infancia:

- Yo me acuerdo mucho de niña, a los cuatro o cinco años, ser llamada de bollera. Niñas queriendo pegarme porque decían que yo quería quedar con ellas.
- ¿Cómo sabían ellas que te gustaban las chicas?
- Yo ni sabía que me gustaban. Mis padres siempre han sabido que mi sexualidad no era heteronormativa. Mis hermanos, también. Todos.
- Aun así saliste del armario a los 24. ¿No hablabais del tema?
- Sabían que yo sufría pero nunca he tenido ningún reconocimiento por ello. Ni un: oye, eres así, pero no pasa nada o pasa algo. No hay nada. Esta falta de respuesta, que la gente no quisiera hablar del tema lo acabé asociando a una vergüenza.

No parece que esconda ninguna vergüenza. Pero la procesión va por dentro. Y el peso de la omisión,

también. Reconoce que su madre se ha hecho muy activista, al contrario que su padre, que la trata como si fuera un tío:

- Me envía fotos de mujeres para hablar conmigo de lo buenas que están.
- ¿Como una forma de acercarse a ti?
- No. Es una objetivación de la mujer horrible típica del sistema machista y patriarcal.

Ya no le queda zumo. Le queda una hora para entrar a trabajar y es como si un reloj interno le hubiera advertido de ello. Había estado hundida en la silla con el pañuelo en la mano mientras, a ratos, sorbía la bebida que le había servido el camarero. El que, según me confesó, había sido su compañero de trabajo. Tenía razón, el zumo le ha devuelto un poquito las defensas que el invierno (o el cambio climático) le habían quitado. Y como si hubiera encontrado el placer en sus afirmaciones, reclina los codos en la mesa y sigue:

- Si eres mujer, la primera lectura sexual que hacen de ti es que eres heterosexual. Si te planteas ser lesbiana, es un rechazo a este sistema.

- ¿Hace falta anunciar públicamente tu orientación sexual?
- Yo creo que es importante decirlo, aún. Mientras estemos prestando más atención y haciendo lecturas homofóbicas o xenofóbicas, hará falta remarcarlo para no dar más poder a la heteronormatividad.
- ¿Es posible llegar a un sistema en el que no se discrimine por razón de identidad sexual?
- La primera parte para llegar a una equidad es nombrar. Si se sigue leyendo un chico gay como gay y un chico hetero como a un chico, no hay igualdad.

No hay igualdad, repite, resignada. En 2015, advierte, se elaboró un informe²⁶ con el fin de mejorar las políticas públicas que garantizaran los derechos del colectivo LGBTI en América Latina como el casamiento o la adopción. Y al mismo tiempo delata cómo los partidos religiosos han retrasado el Proyecto

²⁶ Beto de Jesús y Michel Odjik (2015): Políticas Públicas para América Latina, con la colaboración de PSI, ILGALAC y Abvakabo FNV.

de Ley que criminaliza la homofobia, concluye. Esta desigualdad que denuncia con determinación la compara con la que sufre la gente negra: Tú eres rara, desde siempre. Primero lo aceptas y más tarde te impones, asegura casi con el puño en alto. Así que cuando Julia se impone a su desigualdad, no hace más que hacer renacer su libertad coaccionada durante tantos años.

Encontró esta libertad cuando se fue del Brasil para resguardarse en su segunda nacionalidad, la española. Sus abuelos nacieron en Andalucía, a los 21 se casaron y como había mucha pobreza se fueron a Brasil, me cuenta. Le costó adaptarse a España pero dice, alegremente, que tener dos nacionalidades es un privilegio que mucha gente que emigra a veces no tiene.

- A los pocos días de llegar, empecé a llorar. No sabía cómo me iba a sustentar aquí. En Sao Paulo siempre estaba con gente y aquí me di cuenta de que las relaciones tienen una duración muy corta y de que no tenía a nadie en Barcelona. Ni trabajo. Era todo muy superficial.

Empieza a hablar catalán. No lo tiene integrado pero siente una gratificación enorme de poder aprenderlo, opina. Sobre todo de vivir en España porque reconoce, puedes pasear y perderte, en cambio en Brasil si no sabes bien el camino, puedes perderte y caer en una calle que puede ser violenta. La *crackolandia*, sigue, son calles donde trafican con crack y hay un montón de gente consumiendo. Cosas muy duras, añade con repulsión. Por suerte, nunca cayó en ningún sitio así. Me recuerda que vivía en Sao Paulo y que en las grandes ciudades no hay tantas zonas así. Muy diferente a la situación precaria que hay en los pueblos donde vivía Cedric, explica, un amigo suyo francés, maricón y *súper* activista:

- Se fue a vivir a Brasil como una manera de iniciar un proyecto de vida nuevo, en plan, ¡Me voy! Y se instaló en Parati²⁷, un pueblo muy pequeño donde las Iglesias tienen gran renombre.

Su cara de resignación al hablar de estos pueblos la arrastra a un estado neurótico, de total aversión. No le

²⁷ Pequeña localidad situada en la Costa Verde del Brasil, entre Sao Paulo y Río de Janeiro.

gustan estos pueblos, está claro, ella misma me lo confirma obstinada con el ejemplo de su amigo.

- Llevaba años viviendo allí como un brasileño más. Pero lo tenían fichado, le tenían mucho odio.
- ¿Por qué?
- Por ser maricón y practicar la religión *Candomble*²⁸. Sufría mucha represión pero no escondía nada. Iba a todas las manifestaciones.
- ¿Tú ibas con él?
- No. Pero me lo contaba siempre que nos veíamos. Era mi peluquero. Muy bueno, por cierto. Ha peinado a muchos artistas en su vida.
- ¿Ya no habláis?
- No.

²⁸ Una de las principales religiones afrobrasileñas que se practica en Brasil, de carácter animista (basada en el alma). Un grupo de sacerdotes animistas, al tiempo que esclavos, transmitieron sus creencias cuando fueron transportados a Brasil y España, entre 1549 y 1888.

Hace una breve pausa. No me había mencionado a su amigo en todo ese rato. El amigo y peluquero y activista y maricón, Cedric. Y no es hasta minutos antes de marcharse que me relata la historia que le importa mucho más de lo que ha explicado hasta ahora. Sin tener que comentarle nada, deshace el silencio, muy seria:

- En verano de 2018, Cedric estaba en su casa cuando un grupo de gente entró por la fuerza, le pegó un tiro en la cabeza y quemó la casa con el cuerpo dentro.

Callamos las dos. Y entiendo por qué dijo que no se planteaba volver. Como twitteó Wyllys antes de exiliarse: Preservar la vida amenazada también es una estrategia de lucha por días mejores.

- ¿Cómo te enteraste?
- No sé. No me acuerdo bien. Estaba en el trabajo. Y no podía parar de llorar.
- ¿Pero te llamó alguien?
- Lo vi en *facebook*.

Son las tres y media ya. Se levanta con la frivolidad que ha utilizado para pronunciar la última frase. Paga sin prestar demasiada atención al camarero – ex compañero y abre la misma puerta que había cerrado en numerosas ocasiones una hora antes. *Jolin*, repetía enfadada, y alargaba el brazo mientras se tapaba el cuello con la chaqueta que no había podido quitarse. Una vez en la calle, me abraza y se va, apresurada. Cada vez tiene más prisa para llegar a la hora al trabajo. La tienda de jerséis que había mencionado al principio. En la que pasaba horas plegando o colgando o cobrando o *hablando* con los clientes, como decía ella. Pienso: Allí se enteró de que habían matado a Cedric. Consigue cruzar los dos pases de peatones que separan las dos isletas de Plaza Urquinaona y dobla la esquina para bajar por Via Laietana. La miro mientras se aleja y va tan tranquila que pienso que, tal vez, no sepa muy bien a dónde va. ¿Será la gripe?

EVELINDA

Llucmajor. Cojo el primer banco enfrente de la estación donde hemos quedado. Me siento. Hago una foto a las tiendas de la otra cara para recordar el lugar de la cita. Espero. Cinco minutos. Debe estar al caer. Diez. Creo que es aquella que sube por las escaleras del metro. Pues no. Quince. Miro el móvil. Está en línea. Miro, otra vez, la gente a mí alrededor. A dos metros hay una mujer que podría ser. Digo que podría ser por el tono de su piel. Y porque está con el móvil. Me acerco. ¿Evelinda? ¿Cómo? Ai, no, nada, perdona. ¿Identificar a la gente por sus rasgos nos hace racistas? Me siento un poco mal. Me pican en la espalda. Los remordimientos, no. Es ella.

La invito a pasear. Le cuesta hablar. El tono de su voz es bajísimo. Estoy sorda. Y hay tantos coches en movimiento que acabamos en una cafetería. No muy lejos del metro. No vaya a ser que nos cansemos. Empieza a hablarme del barrio. Es bien bonito, dice. Del 2010 al 2013, estuvo viviendo en España por primera vez pero no había pisado nunca estas calles: La primera vez que me vine fue por un problema de salud de mi hijo. No podía comprarle los

medicamentos que necesitaba por falta de recursos económicos. Trabajó diez años para el Gobierno tras ganar dos veces seguidas las elecciones. Si gana un Gobierno, emplea la gente de su partido, me informa. Era la administrativa de un colegio público. Hasta que me despidieron. Decidí venirme.

- ¿Viniste con tu hijo?
- Era muy pequeño. Estaba muy enfermo. Se quedó con mi hermana en Honduras.
- ¿Y el padre?
- Se fue. Hace dos años que nos hemos divorciado. Pero he estado sin él desde el embarazo.
- ¿Qué pasó?
- Tenía una amante y otro hijo con ella.

No lo aguantó. Lo poco que supo de él no fue para preocuparse por el niño sino para saber de ella. Tiró adelante sin la ayuda de nadie. El niño enfermó y tuvo que tomar decisiones drásticas. Sacrifiqué tres años de estar juntos para poder salvarlo, se queja. Sufrió

mucho. Llegó en junio de 2010 y enseguida se puso a buscar trabajo de lo que fuese: limpiando casas, cuidando a personas mayores... No tenía el apoyo de nadie. Quería enviar todo el dinero que fuera capaz de conseguir. Ahorrar para poder curarlo. Ese era su objetivo. Lo consiguió y se recuperó. Por fin. Antes de cumplir tres años, en marzo de 2013, volvió a casa y ya no se separaron.

- ¿Volviste a trabajar como administrativa?
- Empecé un negocio de ventas ambulantes de ropa y cosméticos con los ahorros que tenía.
- ¿Te fue bien?
- Vendía muchísimo. Así que me formalicé en casa.

Todo se puso en su sitio, pienso. Al fin, volvía a estar con su familia. Su hijo se encontraba bien. El negocio iba evolucionando económicamente. Pero sobrevino *el gran problema* de Honduras: La Mara²⁹. Cuando ven que un negocio va creciendo, incide, les cobran un

²⁹ Organización criminal originaria del Salvador que se ha ido expandiendo por toda América. Especialmente los países latinoamericanos y Estados Unidos.

impuesto. Si no se lo pagas, te amenazan con matarte. Lo controlan todo. El gobierno no puede o no quiere hacer nada al respecto. Detectaron que sus productos se vendían con asiduidad. La ficharon. Fueron a por ella.

- Un día, llegó alguien a la tienda. Como un cliente normal que viene a comprar lo que necesita y luego se larga. Pero me empezó a hacer preguntas. Ya va creciendo el negocio, ¿verdad?, me vaciló.

Se quedó pensando. Sospechando. No era normal, reconoce. Cuando regresó de España, su hermano le había advertido de que las cosas ya no estaban tan fáciles. No lo estaban. Ni en las ciudades ni en la aldea donde ella vivía y trabajaba. Vinieron más chicos. Y una mujer. Quería trabajo para darle de comer a su hija. Se lo dio. Se reconoció a ella misma con su hijo. No pudo decir que no. Le enseñó pequeños trabajos hasta que le dio algunos con más responsabilidad. Se ganó su confianza. Y la mujer se aprovechó de ello: Me debía dinero, declara medio enfadada. Me cogía cosas a crédito y me las pagaba el siguiente mes. Con el tiempo me venía y me decía: Este vestido me gusta y me lo llevo.

Evelinda fue soportando los caprichos de la mujer. La paz que transmite me hace pensar que le ha costado decir que *no* en su vida. Pero que si lo ha dicho, ha sido con razón. Como *no* seguir con su marido. *No* resignarse a la situación de su hijo enfermo. *No* permitir que su empleada la siguiera manipulando: Le dije que no podía seguir llevándose nada porque ya me debía mucho dinero. Me cogió y me dijo... Susurra sin apenas voz. Quiere que le lea los labios, tal vez. No se la entiende. Se lo digo. Sigue sonriendo.

- ¿Qué te dijo?
- *Ya cagastes el palo.* Se dice así en Honduras.
- ¿Qué quiere decir?
- Si no me lo das, aquí van a llover las balas.
- Te amenazó.
- Ah que tú no sabes, me dice. Soy la sobrina del jefe de la Mara.

Hizo ver que no sabía de lo que le hablaba. Pero sí sabía. Le entró el pánico. Amenazada de muerte por un vestido... No quiso denunciar. Por vergüenza. Por

miedo. Por resignación. Siguió tirando como pudo hasta que ya no pudo más.

Fue a exigirle el dinero a su propia casa. La de Laura. Pronuncia el nombre por primera vez y distingo la animadversión hacia su persona aun presente. Laura le abrió la puerta. Al fondo, reconoció el hombre que había mencionado para defenderse. El jefe de la Mara. Tenía sangre y lo estaban curando. Al parecer, días después de la amenaza, lo hirieron en una lucha de Maras. Ellos mismos a veces se enfrentan, señala como si fuera algo habitual ya. Lo curaron en privado en casa de la sobrina para que el médico no avisara a la policía al contemplar las lesiones de bala. Supo que era él en el instante en que lo vio. Le dio mucho miedo. No le pagó nada. No se atrevió a hacerle requerimiento alguno acerca del dinero que le debía. Simplemente, disimuló. Le habló de una señora que siempre estaba ahí y se fue. Preocupada. Ya la conocían físicamente. El hombre se me quedó viendo fijamente, recuerda.

Se queda mirando encima de la mesa, fijamente, también. Está tratando de revivir, pienso. Dibuja algo con el dedo encima de la mesa metálica. ¿La tienda? Es un mapa. Yo vivía en una aldea pequeña, me explica.

Hay un camino que lleva hasta Villanueva³⁰, donde está el colegio del niño. El niño. Cuando habla de él su rostro se expande alrededor de su risa inocente. El camino es solitario, retoma. Da miedo. Es muy peligroso.

- ¿Tomabais ese camino para ir al colegio?
- Le pagaba un transporte a un chico de la *mototaxi* porque no me podía costear otros transportes.
- ¿Siempre el mismo?
- Sí. Teníamos un contrato. Le pagaba una cuota semanal o mensual. Uno lo contrata pero no sabe de qué va la cosa.
- ¿Qué quieres decir?
- Parece que los dueños de las *mototaxis* estaban metidos en *lo mismo*.

³⁰ Municipio que forma parte del Departamento de Cortés en la República de Honduras.

Identifico que *lo mismo* es una forma de referirse a La Mara. Igual que *ya sabes quién* a Voldemort. No le gustaba hacer mención de ella. Lo noté al principio cuando habló *del gran problema* de Honduras o porque bajaba mucho la voz. Aun más que cuando nos encontramos y me delató enseguida su timidez.

Un día les paró una mujer. Una distinta a la que trabajaba con ella. Se subió con ellos. ¿Desde cuándo estás transportándola a ella? le preguntó al chico. El sobrino de Evelinda, que iba con ella y el niño, la reconoció. Era la encargada de las *mototaxis*. O eso decía. Descubrí que era de aquellas que vienen a sacar información, confiesa finalmente. Se metió a la fuerza en un sitio donde los carros pasan y pagan impuestos. Si no les pagas, te hacen daño, suaviza. Mi sobrino al verla me miró. Me bajé de la *mototaxi*. No le vayas a responder nada a esta mujer, me dijo. Es peligroso. El sobrino la conocía porque vivía en la misma ciudad que ellos y se enteraba de todos sus movimientos. Se ríe. Se pone las manos en la cara. ¿Qué hago?, me pregunté nerviosa. No sabía por dónde moverme. Empecé a sentir que no tenía protección en ningún sitio. ¿Y donde la vas a buscar si no la puedes encontrar ni en las autoridades?

- ¿El niño no se enteró?

- No le dijo nada a él. Lo único que pudo ver fue un mensaje de una profesora de su curso que mandó a todas las madres.
- ¿Qué ponía?
- Que cuidáramos a los niños. Querían recogerlos a la salida del colegio para pedir dinero, sacarles los órganos y venderlos.

Decidió ir cada día a buscarlo aunque él estuviera acostumbrado a volver solo con el del *mototaxi*. Empezó a tener mucho miedo. Por las calles. En la salida del colegio de su hijo. La sobrina del jefe de la Mara dejó de trabajar con ella en cuanto le pagó lo que le debía. Pero se cambiaron los papeles. Ahora quien les debía dinero –según la Mara– era ella por la prosperidad que apreciaron en el negocio. Tenía que pagarles una especie de impuesto, denuncia. Me enviaron una nota con la cantidad que les debía. Nunca se la pagué. Me vine. Preparó el viaje *en quedito*. Sin decir nada a nadie. En un mes lo tuvo todo listo. Pidió un préstamo al banco y recolectó todo el dinero que había ganado hasta el momento. No tenía otra opción. En 2016, tres años después de haber

regresado de España, volvió a ir. Otra vez, por motivos forzados. Aunque distintos.

- Esta vez, ¿con tu hijo?
- El niño, mi hermana y mi sobrina.
- ¿Ellas tampoco estaban bien?

No estaban nada bien. En octubre de 2013, siete meses después de su vuelta a Honduras, apareció muerto el padre de su sobrina. Lo mataron, me asegura. Aunque no saben muy bien cómo ni por qué: Muchos asesinatos se quedan así. No se llega a saber nada de lo que sucedió. Su sobrina quiso indagar en la cuestión. Pero en vez de encontrar alguna respuesta, se topó con *el problema*. Tenía 16 años, dice. Cualquiera se podía meter con ella. La manipularon. Bebía. Se drogaba. Llegaba tarde por las noches. Decía que trabajaba de noches. Era mentira. Andaba con los de la Mara, alerta. Buscan a chicas para que sean sus parejas y pasen a formar parte de la banda. Ella no llegó a hacer el pacto. La sacaron a tiempo. Se ríe, descansada. Su hermana la llevó a rehabilitación.

- ¿La ayudaron?

- En vez de rehabilitarla, salió más traumada.
- ¿Por qué?
- Hubo una *balacera* y mataron a varios chicos.

A raíz de eso, su hermana la sacó del centro. Cuando Evelinda la vio no pudo evitar echarse a llorar. Era horrible, horrible, saquea la cabeza: Llevaba sucio pegado encima. No se había duchado. Dicen que van a curarlos y más bien los ponen peor. La jefa del centro le quiso tocar las partes, se repugna. Le quería tocar todo. ¿Quién lo denuncia? Son centros públicos, supuestamente del gobierno. No se podía denunciar nada. También tuvieron que huir. Como para quedarse. Aunque no termina aquí el drama familiar.

- Mis hermanas y yo nos vinimos por los mismos motivos. Ahora vivo con mi hermana pequeña.
- ¿Qué le pasó a ella?
- Tenía un novio mayor que ella. Cuando quiso dejarlo, la empezó a amenazar. Casi todas las mujeres sufren violencia machista allí. Es muy fuerte.

- ¿Denuncian?
- Nadie denuncia. No esperan que las vayan a ayudar.
- Ahora, ¿está bien?
- Sigue mandándole mensajes por *facebook*.

Cuánto daño puede hacer una red social. Prolongarlo. Transferirlo. No tuvo suficiente en su país que ahora tiene que recibirlo en España. Desde la otra punta del mundo. Desde Honduras. Honduras es muy bonita, difiere. Claro, es mi país. Tengo ventajas que aquí no tengo. Sin embargo, la inseguridad... Aquí no sufro por las noches. Allá por un móvil matan.

- ¿Dónde te sientes mejor, entonces?
- La gente vaya donde vaya siempre va a sufrir. Nosotros aquí tenemos esta tarjeta³¹. Esta tarjeta no vale para cualquier trámite. Estamos delimitados.
- ¿Tu hijo cómo se siente?

³¹ Tarjeta roja. Ver pie de página 13.

- Está contento. Habla bien el catalán. Mamá, aquí estoy mejor que allá, me dice. Le dije que veníamos por dos semanas. Cuando vio que nos quedábamos más, se enfadó mucho: Mamá, me has mentido, que yo dejé allá al perro y la bicicleta. Lloraba. Pero ahora como tiene muchas cosas aquí ya está bien.
- Los niños se adaptan más rápido.
- Es un niño bien educadito. Una vez una monitora del cole me pregunta: ¿Tú eres la madre del Álvaro? Pues ya te puedes sentir orgullosa de él.

Álvaro. Qué raro. Es la primera vez en toda la tarde que pronuncia su nombre. Tal vez quisiera proteger su identidad. No sé. Me permito ponerle una cara. No. Ésta no. Tendría que haberme tapado los oídos. Predecir que este momento iba a llegar. ¡No! ¡No digas su nombre! Haberme avanzado. Como cuando enunciaba La Mara con los labios bien cerraditos, mientras en su cabeza resonaba *Lo mismo* o *El problema*. Qué rabia. *El niño*. Me gusta más.

- Volver a España por segunda vez, ¿te ha resultado más fácil con *El niño*, al menos?

- Mucho mejor. Aunque no tengo las mismas oportunidades para trabajar. La primera vez que estuve acá, no comía bien. Me preguntaba constantemente qué podría estar pasándole al niño.

Llegaron en noviembre. Cuando su hijo terminó el tercer grado en el colegio. Allá tienen vacaciones de noviembre a febrero, me aclara. Lo dejaron todo. Ahí.

Aquí ya conocía cómo funcionaban las cosas. Quería seguir con su vida. Escolarizar a su hijo. Encontrar un trabajo. Lo encontró: Hice una suplencia a una señora que se había ido a República Dominicana por un mes. Hacía la limpieza de una casa de plantas. Doce horas al día. Poner cuatro o cinco lavadoras. Preparar tres tipos de comida. Para el hombre una comida. Para la mujer otra. Para los hijos otra. Una faena exagerada. Hasta fiebre me daba. Llegaba a casa, subía las escaleras y no podía más.

Quedaron muy contentos con ella, se alegra. Aunque su muñeca se resintió. En Honduras, había tenido un accidente con ella y siempre se le inflamaba. Consiguió hacer todo lo que le pidieron. Muy rápido. Fíjate, que la jefa se quiere quedar conmigo, le dijo a la señora cuando volvió de vacaciones. Se ríe y se pone las

manos en la boca para que no se le escape más. No puede controlar su risa finita. Me río con ella.

En todo este tiempo, se quedó en una habitación con su hijo tras coger un número en un locutorio de Cornellá. A los dos meses les echaron. Ya no se pueden quedar aquí, les dijo el chico. Había pagado ya el mes. No lo aceptó. Le devolvió la mitad del dinero. No quería que siguieran más allí. La gente es así, sonrío.

Un amigo le aconsejó que fuera a Jaume I³². Fue sin pensárselo. Llegó. Le explicó su historia a una asistente social. Y enseguida le redactó un informe para que fuera a Plaza España³³ a solicitar ayuda. Cuando me vine la primera vez, explica, no sabía que existían organismos de protección para personas que habían tenido problemas en sus países. La segunda vez, tampoco. Hasta que me informó la asistenta.

Desde Plaza España la derivaron a ACCEM³⁴ en febrero de 2017. Nos dijeron que nos pudiéramos a estudiar mientras nos daban el permiso de trabajo, dice. Me dolía tanto la muñeca que no podía trabajar.

³² Donde se ubica la Oficina de Extranjería de Barcelona.

³³ Donde se ubica la Oficina del SAIER, el Servicio de Atención a Inmigrantes, Extranjeros y Refugiados.

³⁴ Ver pie de página 5.

Así que me puse a formarme. En abril le encontraron una plaza para un piso de acogida.

- ¿Estuvisteis bien?
- No fue fácil. Vivíamos cinco personas de diferentes familias y países.
- A veces cuesta la convivencia.
- Había dos chicas de Honduras, también, que me maltrataban al niño. Le pinchaban las pelotas. Le tiraban el patinete. Él lo pasó mal.
- ¿Lo informaste a la asistenta?
- Nos reuníamos y lo hablábamos. Pero cuando estaba la asistenta no hacían nada.
- ¿Tu hijo que decía?
- Nada. Pero si ahora nos mandaran a otro piso de acogida, ya me ha dicho que no quiere ir. Más bien se puso a llorar.

Ahora estudia Administración. Se queja de que todavía no ha encontrado trabajo en eso. Le gusta mucho. De

momento va tirando con los 500 euros al mes que le presta ACCEM en la segunda fase. Si no encuentra trabajo pronto, no tendrá nada. Le han hablado de otra ayuda que ofrece el Ayuntamiento. A ver si me pueden apoyar con algo mientras encuentro trabajo, susurra humilde. Está preocupada porque en abril se le termina la ayuda en ACCEM y está a la expectativa de si le renuevan la tarjeta roja en el SAIER³⁵. Cada seis meses, tiene que renovarla mientras espera, impaciente, la aceptación de la protección internacional.

- Si te renuevan la tarjeta, quiere decir que todavía están procesando tu solicitud.
- Exacto.
- ¿De qué depende que te la acepten?
- De las pruebas que aportes. Mi hermana tiene los mensajes del *facebook* y del móvil. Yo no tengo nada. Sólo palabras. Ni el mensaje de la profesora del colegio tengo. No pensé que me pudiera servir acá.

³⁵ Ver pie de página 29.

- ¿Y el móvil?
- Lo dejé en Honduras a un familiar. Luego se casó con una chica y se fue a vivir no sé dónde. Ya no puedo contactar con él.

Jijijijiji. Se ríe. Ya sin la tensión del principio. Ni rastro de la timidez, tampoco. Se ríe. Honesta. Relajada. Vacía de cada una de las palabras que compone su historia. Trágica. Real. Nadie huye porque sí. Ahora estoy con el alma en un hilo, añade esperanzada. ACCEM me dice que nadie regresa. No debería. No.

...

Me llaman. Es Clàudia, de ACCEM. Hace tres semanas del encuentro que tuve con Evelinda. Hacía más frío. Ahora el sol ya calienta más. Me habla de ella. De Evelinda. Y su hijo. El niño. El Ministerio les ha denegado el asilo. Por falta de pruebas.

Las palabras, pienso. Nadie las toma en serio, ya.

NERY

Pip. Odio hablar por teléfono. Pip. Prefiero la comunicación interpersonal. Pip. Digamos que el tema de conversación la requiere. Pip. Qué frío todo. Pip. ¿Tendría que haber ido a verlo? Pip. No contesta. Pip. Claro, cómo va a contestar. Pi- ¿Aló? ¡Hola! ¿Nery? Soy Paula. ¿Puedes hablar ahora? ¡Sí, sí, sí, sí! Claudia³⁶ me contó, ¿empezamos ya? Cuando quieras. Respiro (por fin). Vaya. Qué fácil.

- Justo hoy inicié un curso. *Operaciones auxiliares y microinformática*, se llama.
- ¿En Teruel?
- Sí, sí -

Por su tono de voz deduzco que debe de estar cansado. Es tarde. Pero tiene ganas de hablar.

- En octubre de 2018, hice todas las gestiones con diferentes organizaciones y hasta el 5 de febrero no me enviaron aquí. Va por fases.

³⁶ Ver pie de página 4.

Estoy en la primera. En un período de once meses tengo que ir dónde me digan.

- ¿Y luego?
- En la segunda fase pueden trasladarte a la ciudad que quieras. Bueno, en la que consigas un contrato de seis meses o curses unos estudios.

Quiere hacer algún curso que le sirva para distraerse. Para desarrollarse. Echa de menos la Universidad. Tuvo que dejar la carrera de Química y Farmacia y la de Derecho en su país. Dos carreras.

- Fue muy duro. Eres joven, decían mis compañeros. Lo primero es tu vida. Si te aceptan, puedes ponerte a estudiar allí.
- En los cursos se aprende mucho.
- Querría hacer algo más. Me gustan mucho las ciencias políticas.
- Podrías formar parte de algún partido político.

Resopla. No le ha hecho mucha gracia, pienso. Rompe su seriedad con la primera carcajada. Tal vez, sí.

- Mi vida giraba en torno a la política, como militante y progresista. He estado en muchas reivindicaciones sociales de Honduras. En Teruel se me ha complicado pero cuando llegué a Barcelona hice muchas redes.

Nery huyó de Tegucigalpa³⁷ como refugiado político a finales de septiembre de 2018. El 2 de octubre llegó a Barcelona. La ciudad se encontraba, casualmente, inmersa en un momento de gran convulsión política. Se cumplía un año de la celebración del referéndum para la independencia de Catalunya. Percibí un poco de tensión en las calles, dice. Luego entendí de qué se trataba. Pese a su vocación activista, no se movilizó en su defensa o en su protesta. No estaba para eso.

Fue directamente al SAIER³⁸: Vengo a solicitar la Protección Internacional, dije. Le entregué mi Tarjeta Roja³⁹ y me identificaron en el ordenador. Me miraron muy serios. Es que usted ha firmado un documento en el que se ha dado de baja al servicio de ayuda estatal,

³⁷ Capital de Honduras.

³⁸ Ver pie de página 29.

³⁹ Ver pie de página 13.

lamentaron. Su voz tímida se agrava al contar este percance. ¿Había huido de su país para llegar aquí, después de todo, y rechazar la ayuda? O la gente cada vez es menos comprensiva o el automatismo profesional está llegando a límites preocupantes.

- ¿Firmaste algún documento antes de llegar a Barcelona?
- El viernes, a las 11 de la noche. Todavía estaba en Madrid. Muy cansado de aquella semana.
- ¿Qué era?
- La baja de la estancia en el Hotel Welcome donde me habían alojado.
- ¿Por qué querías darte de baja?
- Tenía que ir a Barcelona porque ahí me esperaba EXIL⁴⁰. Es una organización que ha tratado con personas que han recibido tortura

⁴⁰ ONG que acoge a personas que han sufrido alguna vulneración de derechos (guerra, persecución, tortura, violencia, encarcelamiento) en su país de origen.

en su país de origen. Lo avisé a una de la Cruz Roja y me dio esa hoja.

Vive en Teruel. Había pasado por Barcelona. Y antes, por Madrid. Le preguntó a la Cruz Roja si le afectaría en algo esa firma. En nada, contestaron. Al parecer, sí. Quiero pensar que no se entendieron. Debió de ser un error. Un error que le podría haber costado la solicitud de protección internacional. Me dijeron que tenía que esperar hasta marzo para intentar volver a entrar en SAIER, se ríe irónico. ¿Cómo voy a esperar tanto?

No tenía donde dormir. Le habían informado de algún albergue pero no le podían ofrecer nada más. Así que contactó con un amigo periodista suyo que vivía en Barcelona: Tenía un piso muy pequeño y como estaba también como solicitante en PEN Internacional⁴¹, no podía acoger a otras personas. Puedes estar conmigo dos semanas, me ofreció. Fueron a esta organización especializada en periodistas y escritores para ver si podían hacer algo por él. Nosotros no te podemos ayudar porque no eres ni periodista ni escritor, le informaron. Pero podemos hacer unas gestiones con

⁴¹ Asociación mundial de escritores fundada en Londres, en 1921.

ACCEM⁴². Conozco a la directora. Y así fue. Le concertaron una cita en ACCEM a mediados de octubre para que les diera su testimonio. Si no es por ACCEM, asegura, no sé dónde estaría *ahorita*. Vamos a buscar tu expediente y lucharemos para que vuelvas a entrar al programa, le calmaron. Mientras tanto, el Programa Nausica⁴³ que ofrece el Ayuntamiento de Barcelona también le prestó sus servicios.

Se queda en silencio. No sé si espera una pregunta. Se escucha a alguien de fondo y de pronto su risa retumba, muy de cerca. Como en primer plano. Espero. Esperamos los dos. Callados. La voz que no distingo si procede de un cuerpo o de varios se diluye al tiempo que él retoma la explicación.

Su compañero periodista no lo podía alojar más en su casa. Así que ante la falta de recursos sociales, tuvo que seguir indagando por sí mismo en alguna solución factible. Por suerte, se relaja, los familiares de una amiga mía estaban aquí. Me acogieron por un tiempo. A mí me daba igual dormir en el suelo con tal de tener un techo y poder bañarme. Me tuvieron prácticamente un mes. Me daba mucha pena, asegura con una voz tan

⁴² Ver pie de página 5.

⁴³ Servicio municipal de acogida a los refugiados que piden asilo y están excluidos de las ayudas estatales.

suave que me permite crear un esbozo de su sensibilidad.

- Prácticamente, te espabilaste solo.
- Bueno. Estuve a dos horas de dormir en la calle.
- ¿En Madrid fue igual de duro?
- Lo peor fue la llegada al aeropuerto.
- ¿Cómo fue?
- Llegué, hice el control policial y directamente dije que venía a pedir asilo. Me llevaron a una oficina donde tuve que explicar a otro policía la relatoría de los hechos. No podía salir de ahí hasta que me aceptaran o me denegaran el asilo.

El jueves, 21 de septiembre, llegó al Aeropuerto de Barajas de Madrid. A las 2 de la tarde empezó a narrar los motivos que le obligaron a escapar de su país. Después de esto, lo enviaron a unas habitaciones dentro del mismo aeropuerto destinadas a personas que como Nery venían a pedir algún tipo de

protección. Estuvo cuatro días allí. Esperando. Cuatro días. Fueron los cuatro días más... más... más... cómo te puedo decir... Sentí que llevaba meses encerrado, pronuncia finalmente, como si las mismas palabras me llegaran con retraso. Si me regresaban, iba directamente a la cárcel. Pasaba las noches en vela pensando si conseguiría una resolución favorable o desfavorable. La comida no era muy agradable. Había un policía que era muy xenófobo. Pero por suerte la Cruz Roja me ayudó mucho. Tenía que aguantar todo eso para esperar una respuesta. Una respuesta. El 25, me dijeron con una nota: *Bienvenido a España*. Me contagia su risa. Ese día fue... Se calla, otra vez. ¿Volverá la voz de fondo? Fue... No. Busca adjetivos. Fue... No encuentra y no me atrevo a apalabrar una sensación así. Fue liberador, suelta finalmente. En cierto modo, se liberó del internamiento en el aeropuerto.

- Una vez te dan una resolución favorable, Cruz Roja inicia el trámite de Protección Internacional y te alojan en el Hotel Welcome.
- ¿Ahí fue dónde te diste de baja?

- Sí, pero estuve una semana antes de irme a Barcelona. El 26 tenía que ir a la Oficina de Extranjería de Madrid para que me dieran un documento donde acreditara que había solicitado protección internacional. La tarjeta roja⁴⁴.

Descansa. Pienso en cómo debe ser esta tarjeta roja. El rojo siempre ha sido un color asociado al peligro. Se supone que les sirve para identificarse. Para adaptarse allá donde vayan.

- ¿Ha sido dura la adaptación?
- Fue una tortura a nivel psicológico. Estuve a punto de regresar a mi país. No me iba a morir de hambre aquí. Había dos opciones: o me quedo y aguanto o me regreso y me voy a la cárcel y me matan.
- ¿Cómo saliste de Honduras si te querían meter en la cárcel?
- Alguien conspiró contra el sistema para que no apareciera mi alerta migratoria.

⁴⁴ Ver pie de página 13.

Se ríe. Muy fuerte. Del sistema. De la seguridad. O de la ausencia de ambos. No sé. Pero se ríe y yo con él. Aunque estoy convencida de que no lo hace con actitud grotesca.

- Si te llegan a coger...
- Si me pillaban, estaba jodido, como se dice acá. Estaba jodido. Estaba jodido. Tengo otros compañeros que se fueron a Canadá, Costa Rica y Noruega.
- Si saben que estás en España, ¿no pueden venir a buscarte?
- Por eso solicito la protección internacional. Si me deniegan la solicitud de asilo, el Gobierno fácilmente me puede dictar una orden de captura internacional junto con el Consulado y el Gobierno de España. Estoy en una situación muy vulnerable.
- ¿Confías en una resolución favorable?

- Mi vida *ahorita* depende de la Oficina de Asilo. De que haga un buen trabajo. Y del Ministerio del Interior.

Todo saldrá bien, le digo. Aunque no sé muy bien qué hizo. Empezó diciendo que había venido en condición de refugiado político. Que solicitaba la Protección Internacional. Que había tenido que sobrellevar las situaciones angustiosas del Aeropuerto, Madrid y Barcelona. Y que ahora estaba en Teruel. ¿Qué pasó en Tegucigalpa para que tuviera que cruzar el Océano Atlántico?

- Vine aquí por persecución política. Por haber estado militando dentro del Movimiento Estudiantil. Por defender la educación pública. No todo el mundo tiene acceso.
- ¿Desigualdad social?
- Bueno. Sufrimos un fenómeno político, social y económico complicado. No hay trabajo. Hay inseguridad. Los gastos en educación son muy caros y el gobierno no los costea. Hay Universidad Pública pero para pagarla tienes que tener una posición económica estable. Y los

que trabajan a tiempo completo tampoco pueden acceder.

Tuvo suerte de estudiar dos carreras, pues. Y el Movimiento Estudiantil de contar con él como defensor de los derechos humanos. Los estudiantes –y militantes a la vez– trabajaban alrededor de tres objetivos. El primero, abolir la Prueba de Actitud que se aprobó en 2007 para acceder a la Universidad Pública. Para nosotros es algo violatorio porque sabemos que la educación es un derecho humano y fundamental, reivindica por primera (y no última) vez. Esta prueba de actitud académica retrocede el proceso de desarrollo del país. En detrimento de este examen, pretendían substituirlo por un examen que evaluara en qué área se podría desempeñar el alumno. Psicología, ingeniería, salud, ejemplifica.

El segundo objetivo era buscar, junto con el Estado, una forma de financiar la estancia y el transporte a aquellas personas que vinieran de diferentes regiones para licenciarse en la Universidad Central. Sólo tienen esa Universidad Pública en Tegucigalpa, por tanto, los estudiantes se concentran ahí. Querían repartir a los estudiantes en la Universidad Central y en los diferentes Centros Regionales para no sobre poblar una y dejar abandonados los otros.

Finalmente, querían conseguir una verdadera democracia participativa a través de unas elecciones estudiantiles. Si en la academia no impera una verdadera democracia, tampoco la habrá en el país, asegura con voz firme. La universidad es como un laboratorio, si en ella no funcionan bien las cosas, en el país tampoco funcionarán. Habla con una determinación y un convencimiento que parece que sujete un gran altavoz. Pero es el móvil. La imaginación, a tantos kilómetros de distancia, nos hace milagros. Es bonito escucharle. Es un gran comunicador, pienso.

El Movimiento iba ganando adeptos al tiempo que destapábamos una ola de corrupción dentro de la Universidad, dice. La población hondureña se motivó mucho a raíz de nuestras movilizaciones. En cambio, el Gobierno y las autoridades de la Universidad estudiaban cómo frenarnos. Estaban quedando mal. Las autoridades callaron y reprimieron el Movimiento.

- El 24 de mayo de 2017 estábamos protagonizando una gran acción pacífica en la Universidad Central. Pero entró la Policía Nacional. Y nos dio factura.
- ¿Disolvieron la manifestación?

- Me cogieron junto con otros 20 estudiantes y nos llevaron a la estación de policías. Nos metieron en una celda. Los tratos eran inhumanos. Nos insultaban. Nos decían que nos iban a desaparecer. No nos querían pasar comida. Nos querían aislar totalmente.

- ¿Por qué delitos os acusaban?

- Nos fuimos a juicio por demanda fiscal. Nos imputó por daños agravados y privación – injusta, concreta– de libertad.

- ¿Nadie reclamó por vosotros?

- Vinieron los organismos de derechos humanos para interceder por nosotros. Fuimos a Audiencias y nos quitaron la privación injusta de la libertad, pero seguíamos con daños agravados.

- ¿Entonces?

- Nos dictaron medidas sustitutivas. No podíamos salir del país. Teníamos que ir a

firmar todos los viernes a los juzgados de la Penal.

Se expresa con rabia. Sabe que era injusto pero que no podía hacer nada. Luchaba por el bien de la educación y la policía en vez de ofrecer seguridad, les impedía las movilizaciones. Aunque fueran pacíficas. Aunque estuvieran amparadas en el derecho a la libertad de expresión y el de protesta pacífica. En Honduras vivimos en una dictadura, eleva la resignación. Cualquier acto de protesta, de repudio o de rechazo es violentado o mal visto por el Gobierno. Parece que hable del Mayo del 68 en París. Será verdad que la historia se repite. Y que no aprendemos. No aprendemos.

Meses después, se celebró un proceso electoral en Honduras. El 26 de noviembre de 2017. Como Movimiento Estudiantil decidimos apoyarlo para no permitir la reelección presidencial, defiende. Sabíamos que el Gobierno tenía todas las de ganar porque contaba con las fuerzas armadas, el tribunal... No contaban con una separación de poderes. El ejecutivo dominaba al legislativo y al judicial. Después de esas movilizaciones estudiantiles reprimidas durante la primavera, Nery entró de pleno en la política del régimen. Se volcó en el Proceso Comando

Antifraude⁴⁵. Se presentó al proceso electoral como defensor de los derechos humanos. Y participó en la estrategia política de propaganda y márketing para la presidencia.

- ¿A quién presentabais para la presidencia?
- Salvador Nasralla⁴⁶. Con él en la presidencia, las condiciones de país iban a mejorar mucho.
- ¿Cómo fue?
- Superamos con cinco puntos de ventaja al que estaba en la actualidad. Ganamos las elecciones.
- ¿Gobernasteis?
- Tardaron tres semanas para anunciar como ganador a un presidente.

⁴⁵ Los partidos opuestos al régimen dictatorial organizaron el Comando para promover acciones contra el Gobierno que había.

⁴⁶ Político hondureño más conocido como *El señor de la televisión*. Entró en la política en 2011 y participó en varios procesos electorales. El último, en 2017, para las elecciones generales con el Partido Innovación y Unidad (PINU-SD).

- ¿Por qué?
- Se gastaron mucho dinero para contratar un equipo de Europa que les ayudara con el recuento de votos. Estaban preparados para anunciar un ganador al día siguiente de las elecciones. Sólo buscaban la manera de revertir la situación. Que el candidato que había estado hasta ahora siguiera estando.
- ¿Lo lograron?
- De los cinco puntos que les llevábamos, rebajaron siete.

Fue un fraude. Se ríe. Irónico. Otra vez. Dice que fue increíble todo. La gente indignada salió a protestar a las calles. Nadie le importó que se acercara la Navidad. No la celebraron. Pese a ser una tradición sagrada. ¿Qué hizo el Gobierno delante de miles de personas movilizadas? Reprimir. Tirar gas lacrimógeno. Perseguir. Hostigar. Matar.

Timberly, una chica de 17 años, fue la primera víctima mortal por parte de las fuerzas armadas. Estaba

protestando en su *colonia*⁴⁷, relata, llegó la policía y empezó a disparar a bala viva. Un acto totalmente prohibido. Después de esto la gente se volcó, más sublevada. El Gobierno dictó un toque de queda. A las seis de la tarde todo el mundo tenía que estar en casa. Si no lo hacías, asegura con conocimiento, te facturaban y te abrían un proceso judicial.

Lo consiguieron. Nadie salió a la calle. Pero ellos también buscaron alternativas a las privaciones continuas para hacer justicia social. Hacíamos lo que se conoce como cacerolazos, dice con orgullo. A las diez de la noche salíamos a picar la cacerola. Supongo que cree que nunca había oído algo así. En otoño de ese mismo año, también resonaban cacerolas en Catalunya. Pero él no lo vio. Vino un año después. No hacía falta irse al 1968 para encontrar similitudes en las historias trágicas y cíclicas de los países.

A la gente le gustaba mucho, sigue más animado. Salían a la calle pero llegaba la policía y empezaban a reprimir. Y a reprimir. Y a reprimir. Así que la población se cansó. Por eso no celebraron la Navidad. Les quitaron la esperanza y la magia.

⁴⁷ Barrio.

Empezó el 2018, renovaron la energía y volvieron con más movilizaciones. Se convocó una gran movilización el 20 de enero. Nery seguía participando como defensor de derechos dentro del Observatorio Nacional Económico de Derechos Humanos. Toda la gente paralizó la economía y a fin de cuentas, el país. Querían dejar al Gobierno sin reacción posible.

- ¿Dejaron de reprimir?
- Empezaron a disparar balas. Me empezaron a dar persecución. La gente gritaba que era el defensor de los derechos humanos.
- ¿Consiguieron protegerte?
- La policía tiró más gas lacrimógeno para alcanzarme. Hasta que fui capturado.

Lo capturaron. Su voz cada vez es más grave y más fría. De algún modo siento su rencor aun presente. Defendía los derechos de todo un pueblo y lo capturaron por ello. ¿Quién es la policía? ¿Qué papel juega en la sociedad? Cada vez entiendo menos. Y eso que habla con una claridad cristalina.

- Me llevaron a la estación policial. En el *carro*⁴⁸, de camino a la celda, me empezaron a pegar. Me torturaron.
- ¿Pudiste denunciarlo?
- Iba solo. Con veinte policías. No pude grabar nada. Me decían que defendía los derechos de las personas pero no los de la policía. Que era un *vago revoltoso*. Que me iban a matar. Mientras me pegaban. Y me iban torturando. Y torturando. Y torturando...

No sé si pararlo. Parece que está en un momento de desenfreno expresivo. Decir que se callara ahora sería como ahogar el grito de alguien que está a punto de explotar. No lo veo. Aun así sus palabras me van atravesando el oído izquierdo. A ratos el derecho. Las palabras tocan. Cada vez me siento más cerca de su intimidad, de esa alma de activista injuriada por un sistema en eterna decadencia.

- Cuando llegué a la estación, *andaba* muy golpeado. Habían muchos Organismos

⁴⁸ Automóvil.

Internacionales como la OEA⁴⁹ y la ONU. Estaban focalizando a mi país por la ola de movilizaciones.

- ¿Te ayudaron?
- Fueron a ver qué pasaba. ¿Por qué a un defensor de derechos humanos lo habían torturado? A la policía le daba igual.
- ¿Y a los organismos?
- Era muy difícil poder hacer algo. La Policía Nacional tiene un control absoluto. Los Organismos Internacionales no pueden hacer mucho. Había un proceso muy agrio. La tensión era muy fuerte.
- ¿Te encarcelaron?
- Querían imputarme por un delito de terrorismo. Si te ponen un delito de terrorismo, te vas a una cárcel de máxima seguridad sin

⁴⁹ Organización de los Estados Americanos. Se creó en 1948 para promover una armonía entre todos los estados americanos.

pagar fianza. Además ya tenía un proceso judicial abierto.

- ¿Entonces?
- Mis abogados lograron entrar para negociar con la Policía Nacional y el Ministerio Público para que no me dictaran requerimiento fiscal por terrorismo.

Después de retenerlo durante veinticuatro horas, súper golpeado, le soltaron. Un médico forense tuvo que evaluarlo y dictaminó que había sufrido agresión por parte de la policía. No denunció. Es muy difícil poner una denuncia en mi país, se queja. Si la pones, en dos semanas amaneces muerto. Vuelve a bajar el tono de su voz. El mismo que usó cuando me descolgó el teléfono. Será que sube o baja en relación a la seguridad que siente. Sólo denunció los hechos a los Organismos Internacionales pero nunca de manera formal para que su familia no sufriera represalias.

Durante una semana no pudo salir de casa de lo golpeado que estaba: Tuve miedo de salir. Pero llegó un momento en el que me sofocaba. Me sentía inútil al no hacer nada. Con todo lo que le había pasado, en una semana y media siguió frecuentando todas las

movilizaciones. No puedo seguir aquí, se dijo. Tengo que salir. Si me matan, que sea luchando por los derechos de las personas.

Me asegura que no le importa hablar de todo lo que ha vivido. Está acostumbrado a eso. Era el vocero del Movimiento Estudiantil, así que como ser público, la policía no se atrevía a hacer según qué. ¿No había hecho ya suficiente daño?, me pregunto. La Inteligencia del Estado montó una vigilancia en torno a Nery. Iban con *carros* particulares. Le tomaban fotos. En mi país sabemos disimular cuando hay un policía o cuando hay una persona normal, presume siempre desde la formalidad. El porte de ellos es muy diferente. Los miraba y los sabía identificar.

- De enero a febrero, la gente perdió la esperanza. Tenían miedo de que les torturaran, les mataran, les desaparecieran... Habían más de 1500 personas facturadas. Más de 30 personas asesinadas por bala viva. Todos se resignaron.
- ¿El Movimiento Estudiantil, también?
- Iba perdiendo militantes, poco a poco.

- ¿Y los organismos y medios internacionales?
- Se regresaron a su país.
- ¿Y tú?
- Mi objetivo era seguir como defensor de derechos humanos. Con la lucha del pueblo. Pero llegó un tiempo donde mi vida estaba ya totalmente en peligro. Ya no había ese foco en mi país. Ya no habían medios que me vigilaran.
- ¿Qué hiciste?
- Tuve que trasladarme cinco veces a diferentes casas para que la policía no pudiera contactarme. Tenéis que salir del país, me decían. Ya te tienen vigilado. Ya te tienen en la mierda. Hicieron mi maleta y me sacaron. No me compró el boleto mi familia para que viajara de vacaciones. Todo el proceso lo hizo el organismo de derechos humanos. Sabía que posiblemente no iba a regresar. Fue muy difícil tomar la decisión.

Lleva seis meses en España y no ha pensado en regresar. Sólo en si obtendrá una respuesta favorable para quedarse. Todo por dar voz a los estudiantes. En América Latina, hay un temor al Movimiento Estudiantil porque es el único que puede levantar movimientos sociales de masa, confiesa. Me veían como un líder. Un licitador. Era un peligro para el Estado. Y decidió huir de él para sobrevivir. Aunque en su conciencia seguían divagando pensamientos que pudieran revertir tal injusticia.

- Tenía alerta migratoria. No podía salir por los delitos que me imputaron en la lucha del Movimiento.
- Pero saliste.
- Salí un miércoles de Tegucigalpa. El avión salía el jueves. Los organismos de derechos decían que las Brigadas Internacionales de Paz⁵⁰ y Asopodehu⁵¹ me estaban esperando para entregarme el billete y coger el vuelo directo.

⁵⁰ ONG basada en la protección de derechos y humanos y la resolución de conflictos a partir de la no-violencia.

⁵¹ Asociación para la Democracia y los Derechos Humanos en Tegucigalpa.

- ¿Temiste ser capturado?
- Mi vuelo salía a las doce y a las once tenía que estar en migración. Si iba a migración y me aparecía la alerta migratoria, me mandaban a la cárcel directo. Hay tanta ineficiencia que no salí en la alerta migratoria. Y pude salir.

Vaya. Sí. Qué ineficiencia más oportuna. Empieza a sonar una canción flamenca. No le pregunto cuál es porque, decididamente, tiene poco peso en comparación con sus palabras. No sé de dónde sale. Pero deja que suene. De fondo. Puede que la use para guiñar a Honduras desde España. O que sea una manera de despedirse. Dentro de poco aparecerán los créditos. Ha dejado a un lado su seriedad y empieza a reírse cada vez más. Ya no le noto tan cansado. Después de una hora hablando...

- ¿Tu familia cómo se ha tomado esta situación?
- Mi familia vivía en un pueblo y yo estudiaba en la ciudad. Iba sólo los fines de semana a verlos. Viví prácticamente solo. Mantenemos el contacto. Los amigos del movimiento estudiantil me envían ánimos y me dicen que voy a regresar con otra mentalidad.

Se ha parado la música.

- ¿Piensas que vas a regresar?
- De momento no. Puede pasar mucho tiempo hasta que se dé un cambio real de mi gobierno. Si me dan el estatus de refugiado aquí, no puedo ni quiero regresar a mi país.

Noto que la voz se le va rompiendo por momentos. Le digo que podemos parar ya si quiere. Podemos parar ya si quieres. Quiero que siga igual de fuerte que en todo este rato. No quiero que cuelgue y empiece a sentirse mal. Bueno. Si sigue esa voz con cuerpo indefinido de fondo para animarle, que haga lo que quiera. Llorar solo también está bien. Creo. Nuestra vida es un proceso y vamos avanzando por etapas, me advierte. ¿Ahora es poeta y no me había dado cuenta hasta ahora? Eso sí que no. En realidad, cualquier persona que lucha por la paz o el amor o la prosperidad de un pueblo es un poeta. Hay quien escribe sus hazañas y hay quien las expresa de otra forma. Luchando, por ejemplo. Es un refugiado político que ha huido de la injusticia política de su país, vuelvo. Y viene aquí que está todo amarillo en honor a los presos políticos y exiliados. ¿Qué color usarían en Honduras para reclamarlo? ¿Seguirán

pensando en él? Cuánto odio. Cuánta represión. Cuánto poder corrupto. Injusto. Oscuro. ¿De ahí nace la luz? Eso dicen. ¿Y la voz? De tanto ruido, supongo. Siento que vas a ser la voz de mi experiencia, acaba. Colgamos. Y pip.

ANA

- Tiene un paciente privado, ¿se lo paso? – Le avisó la enfermera, por teléfono.
- Bueno. Si puede pasárselo a alguien que esté más desocupado... Para que no espere.
- No, Doctora Ana. La buscan a usted.

Se sorprendió. Aunque dice que muchos de sus pacientes la recomendaban con frecuencia. Esperaban a que ella misma les atendiera. Eso hizo. Entró un hombre con una apariencia exquisita, muy bien vestido. Se sentó y dijo:

- Vengo por el encargo.

Esto pasó un jueves, en su consultorio. Ana es graduada en Medicina y lleva ocho años como médico general. Bueno, llevaba. Ya no ejerce. No desde el último jueves de diciembre de 2017, en Puerto Cortés, la costa norte de Honduras.

Puerto Cortés es la ciudad donde hay más índice de violencia en el país, empieza. La enviaron allí en 2015 para realizar los servicios sociales de su último año de carrera. Las prácticas de la carrera de medicina, vaya. Su madre, que nació en San Pedro Sula⁵², se instaló ahí en 2003 tras la iniciativa de crear, con una amiga suya, una ONG que combatiera la violencia de género. Así que se reunieron ahí, casualmente.

La primera paciente que recibió en su primera guardia fue una niña de 11 años. Embarazada y obstétrica. No sabía qué estaba haciendo allí, sólo sentía dolor. Pero cuando una niña queda embarazada pasa a ser tratada como a una adulta y nuestro deber es ofrecerle información acerca de los métodos anticonceptivos, relata.

- ¿Tomaban precauciones después de vuestro asesoramiento?

- Una niña que ha parido su primer hijo a los 11, las estadísticas nos dicen que antes de los 20 años ya irá por su tercer hijo. Con situaciones de pobreza extrema.

⁵² Ciudad al norte de Honduras. Capital administrativa del departamento de Cortés.

- ¿Cómo os enfrentabais a esta situación?
- No soportaba ver cómo vivían en la miseria, así que me planteé dar conferencias a mujeres a través de la ONG de mi madre y su amiga.

Y lo hizo, asegura. Implementó la asignatura de *Violencia de género* con la ayuda de su madre y la amiga de su madre con el objetivo de hacer frente a la situación de la mujer.

- ¿Dónde se impartían estas charlas?
- En comunidades alejadas de la ciudad.
- ¿Asistieron muchas mujeres?
- Sí. Mujeres aterrorizadas que cuando les preguntabas por su nombre, no sabían qué responder. Se quedaban paralizadas. Pero enseguida las motivamos.
- ¿Mejoraron sus situaciones?
- Fue un poco conflictivo el hecho de decirle a una mujer que no tenía que pedir permiso a nadie. Además, los maridos no estaban

contentos. Hubo muchos casos de violencia a raíz de eso, cuando ellas empezaban a rebelarse, ellos se veían confrontados.

Se queja de la poca implicación del Gobierno por favorecer el cambio que sólo los que pueden acceder a la Universidad ven claro. Quien no conoce sus derechos, no va a defenderlos, concluye. Ella, en cambio, los conoce, sin duda. Habla con tal velocidad que parece como si tuviera prisa por dar testigo de lo que ha vivido. Pero no la tiene, me confesó, como si ya fuéramos amigas, tras disculparme por haber llegado pasadas las once. Supongo que cuando tenemos muchas cosas que contar, tenemos que explicarlas rápido para que no se nos olvide ningún detalle.

Ana tenía una larga historia que había tenido que narrar en numerosas ocasiones antes de encontrarse sentada en un *Fornet* de Roger de Llúria, con un café en la mano y una sonrisa. Más trágica que la de la Mona Lisa, por cierto.

Me explica la trayectoria de la ONG de manera mecánica. No va con ella, pienso. Pero sí. Era difícil obtener resultados a partir de las charlas a las mujeres, advierte. Se ve que una mujer hondureña de 35 ya se la considera como a una persona mayor y con

50 ya es abuela, así que ellas mismas se resignaban al hecho de haber vivido siempre con esta situación. Sin embargo, pronto encontraron otra alternativa:

- En 2016, vimos la necesidad de involucrar a la juventud y a la infancia para que desde pequeños crecieran con una mentalidad distinta. Así que hacíamos el coloquio y luego, un partido de fútbol.
- ¿Aprendían?
- Totalmente. Cambiaban mucho su conducta. A finales del año, íbamos a dar la charla y uno de los niños cogió, por sorpresa, a la presidenta – la amiga de su madre– para decirle que se quería salir de La Mara⁵³.
- ¿Le ayudasteis a salir?
- En La Mara hay un código: Una vez que estás dentro, no puedes salir si no es muerto.

David, susurra, de 16 años. Era el motorista de los sicarios y les prometió que no había matado nunca a

⁵³ Ver pie de página 25.

nadie. Ellas quisieron ir a poner una denuncia a fiscalía o a la policía pero él no les dejó para no poner *a problemas* a su familia. Ya no sigo en La Mara, les dijo un día. Días después apareció colgado en su casa.

Tras la muerte del chico que la policía archivó como un suicidio, crearon otra charla con una temática distinta: *Metodología de actuación frente las Maras*. Se la daban a niños y niñas de once a quince años. La edad más vulnerable y susceptible de ser reclutados, concreta.

- ¿Cómo los reclutan?
- Van a buscarlos a las escuelas. Se aprovechan de los que tienen desafecciones familiares o los que sufren *bullying* para ofrecerles protección.
- ¿A cambio de nada?
- Al principio, sí. Luego les piden algún favor como, por ejemplo, entregar un sobre a dos cuadras de donde están. Y lo hacen porque son niños, porque son inocentes y porque piensan: ¿Qué me va a pasar por entregar algo?
- Entonces, ¿ya están dentro?

- Les plantean retos mayores hasta el punto de que el protegido tiene que demostrar su lealtad. Les piden que asalten, que roben, que violen, que maten. Si lo hacen, ya están dentro.

Y una vez están dentro, no pueden salir si no es muertos, claro. Eran criminales. Y la policía –que no hacía nada– sus cómplices. ¿Quién querría formar parte de pandilla tan aterradora? Alguien sin identidad, decía con pena, de ahí viene *adolesce*, juegan con su psicología vulnerable. Pobre David. Desde la ONG, terminaron el 2016 lamentando mucho su pérdida. Y les dio razones para empezar el 2017 enfatizando las charlas en la autoestima y la prevención de entrar en Las Maras. Eso sí, sólo daban información, nunca les daban órdenes de *no andar* con ellas porque, justifica, era un ataque directo. Muchos de ellos, ni si quiera sabían cuándo se encontraban dentro de ellas y cuándo en una pandilla corriente. La mayoría estaban organizadas en el grupo de aficionados de un equipo de futbol o como dice ella en *las barras*. Después del partido es común en *las barras* que se enfrenten y que se maten, exclama. Así que ir a ver el futbol en Honduras, no es una actividad familiar.

Toma aire. Se ríe, nerviosa. Teme perder el hilo. Aprovecha la breve pausa para sorber un poquito más

de café. Y sigue, sin más dilación: Tuvimos que dejar de hacer charlas en las comunidades para hacerlas en la oficina. El caso es que la ONG tenía un convenio con una organización danesa y *cada tanto* iban unas chicas a ver el trabajo de campo llevado a cabo en las comunidades donde impartían las clases. Su madre y la Presidenta, junto con dos danesas, entraron en una de ellas, como habitualmente, pero como iban con ellas –altas, rubias, ojos azules, concreta– las detuvieron y las hicieron bajar. Cuenta que en cada cuadra existen los informantes y el jefe. Cuando un desconocido entra en ella, los informantes avisan al jefe. Si el desconocido no se identifica, lo matan. Ese día hicieron bajar a las danesas y personas armadas se las llevaron. Casi me orino en los pantalones del miedo, dijo su madre. Volvieron. Pero no pudieron hacer charlas en esa comunidad. Ni en ninguna otra.

Bebe el último sorbo de café, lo pone encima de la bandeja y la arrastra con fuerza a la mesa de al lado. Una fuerza que no había sacado hasta ahora. ¿Estaría a punto de terminar? Lo cierto es que no había hecho más que empezar. Pero no necesita más café. Hasta sus ojos marrones y rasgados hablan más que sus manos, que mantiene en su falda. A ratos, sobre la

mesa. Habla tan ligera. Tan formal. Debió ser una médica y profesora excepcionales.

En noviembre de 2017 –sigue mientras vuelvo a la cafetería– nos reuníamos en la ONG para organizar lo del año siguiente. A la una salí de mi consultorio y decidí ir caminando hasta la sede de la organización. Me dice que se encontraba a cuatro cuadras de su destino pero que nunca había ido andando porque es peligroso. A las ocho de la tarde hay un toque de queda y nadie sale más.

Y sigue, casi sin pausas: Llegué, sin problemas. Una vez dentro, llamaron al timbre. Mi madre abrió. Había dos muchachos jóvenes menores de 20 años, con tatuajes. Allá los tatuajes son una forma de identificación. Empujaron al instante a mí madre dentro de la sede. Estábamos justo detrás del único centro comercial y había mucho movimiento. Nadie vio nada. Entraron con pistolas y nos amenazaron. Teníamos veinticuatro horas para cerrar la oficina. Sólo estábamos las tres, la presidenta, mi madre la contadora y yo la organizadora de charlas. *Si-habláis-o-denunciáis-os-matamos*, nos gritaron. Se fueron. Y, de pronto, uno de ellos entró nuevamente con la pistola apuntando otra vez: *os-estamos-vigilando*. Se fueron. Las tres estábamos *muertas en llanto*.

Sabíamos que la amenaza venía de la Mara. La presidenta de la organización no concebía que nos quedáramos calladas. Ella y mi madre querían denunciar. Pero sabíamos de lo que eran capaces. Cada vez que cuento esta historia, trato de pensar cuánto tiempo pasó y no tengo ni idea. Me pareció eterno. Como si hubiéramos estado toda la tarde ahí. Sin embargo, seguramente fue poquito.

- ¿No denunciasteis nada?
- No.
- ¿Temíais represalias?
- La presidenta y mi madre no tanto.
- ¿Tú, sí?
- En mi sexto año de Medicina, hice la asignatura *Medicina legal y forense* en la que me obligaron a ir a la Morgue⁵⁴. Los cadáveres que vimos todos los estudiantes habían sido torturados y asesinados.

⁵⁴ Depósito de cadáveres.

- Quieres decir, ¿que habían sido víctimas de La Mara?

Sonríe. Otra vez, intenta buscar las palabras idóneas y baja la voz como si alguien más pudiera estar escuchándola. Pero la única persona que hay, está a cuatro mesas de ella. Y apenas la escucho yo. Sigue, con esa sonrisa medio rota que se inclina más trágicamente a medida que avanza y me gano su confianza.

- Cuando la presidenta dijo que teníamos que ir a denunciar yo me acordé de un cadáver en específico que a mí me marcó mucho y aún me parece que lo podría estar viendo.

No sabe si continuar. Pero lo hace, sin condensar más con silencios un hecho que ya era dramático por sí solo.

- Era un cuerpo totalmente deformado. Los brazos, las piernas, el cuello, la espalda. Todo contorsionado. Con signos de tortura terribles. Le unieron los pies a la cabeza con una cuerda que amarraba su boca. Y encima de ella tenía un rótulo que ponía: *Le cortamos la lengua por andar hablando de más.*

Se pone las manos sobre los ojos y deja escapar esa sonrisa otra vez. Y como si no soportara el silencio que se había impuesto ni su risa, se refugia en las palabras, otra vez. Como si quisiera encontrar en la serenidad y la razón un sustituto de un desbordamiento emocional que hubiera estado totalmente justificado.

- *Ya ustedes están hablando mucha mierda de La Mara*, nos dijeron ese día. Prácticamente la misma amenaza que leí sobre esa persona asesinada. Estábamos atacándolos de una forma indirecta y quizá habíamos hecho mella en su reclutamiento. No les gustó ni un pelo.
- O sea que no fuisteis a denunciar, finalmente.
- No.
- ¿Cómo las convenciste?
- Les conté que en un viaje en autobús de San Pedro Sula a Puerto Cortés, un hombre se sentó *a la par mía* y me atracó con una pistola en la mano. Me cogió la cartera y mis credenciales. Cuando fui a denunciar a la policía, muy

alterada, les expliqué toda la historia con detalles, les pedí que investigaran, que buscaran soluciones.

- ¿Lo hicieron?
- El policía tomó mis datos y en el encabezado puso: *Extraviado el documento*. ¿Cómo nos iba a proteger la policía? Las convencí.

Y con resignación a esta tormentosa realidad, cerraron la oficina, y con ella las conferencias y, en definitiva, la ONG. Tal y como la Mara había querido. Reconoce que tuvieron muchas llamadas días después del cierre y que había quien les paraba por la calle para que les dieran respuestas a tal incertidumbre. Aun así, su vida continuó con su trabajo en el hospital. Todo volvía a cobrar normalidad semanas después del asalto. Estaba más tranquila. Pero esta aparente seguridad duró poco ya que un día paseando con su marido, vieron a un grupo de muchachos y uno de ellos la señaló. Su marido la agarró del brazo y se fueron corriendo. Sentía que todos me vigilaban, que podía estar con alguien en mi consultorio que parecía un paciente y era alguien de La Mara, reconoce.

Su nerviosismo aumenta al recordar estas imágenes al detalle. Fue un tiempo de agonía, continúa, así que hablé con mi madre para poner una denuncia. El Observatorio Nacional de Violencia dice que cada 18 horas se mata a una mujer en Honduras. No todos se consideran femicidios, dicen que no reúnen los requisitos de odio a la condición de mujer. Pero es que el esposo la amaba, te dice el policía. Más del 90% impune. ¿Por qué iba a ser yo la diferencia?, justifica. Así que fueron a fiscalía, pero en nombre de la organización defensora de los derechos de la mujer para que tuviera más peso. La jefa fiscal de Puerto Cortés les dijo que hicieron bien, que no tenían que volver a abrir la organización y que se iban a poner en contacto con organizaciones de derechos humanos de todo el mundo. Ninguna solución. Ninguna protección. Nada. Sólo palabras, se queja bastante agotada.

El 2017 terminaba y sus vidas habían dado un gran vuelco. Ana dejó de salvar vidas a través de la palabra pero pudo seguir haciéndolo con la medicina, desde su consultorio. Podían hacerlo porque estaban vivas ¿qué más podían haber hecho? Desde la Morgue, nada, deduzco contagiada de su agotamiento.

El 8 de diciembre salió del trabajo a la una de la tarde y se dirigió a su *carro*⁵⁵, como de costumbre. Cuando abrió la puerta se le apareció un niño de unos diez años que le alargó un papelito doblado. Él se fue corriendo y ella, absorta, abrió el papel. Era una receta con su letra, su sello, el nombre y la fecha tachados. Debajo del tratamiento, un texto y un 18. Cuando vi el número supe de qué se trataba, explica. Es el *placaso* que identifica a la Mara.

- ¿Qué ponía en la receta?
- Me pedían 8000 lempiras⁵⁶ semanales. 32000 al mes, que son unos 1000 y pico euros. Mi salario no llegaba ni a 27000 lempiras.
- ¿Para cuándo?
- Cada jueves.
- ¿Y cómo se lo entregarías?
- Ponía: Cada jueves tienes que tener *la feria*⁵⁷ y más nada.

⁵⁵ Ver pie de página 44.

⁵⁶ Moneda de Honduras.

- ¿Informaste a alguien de que te estaban extorsionando?
- Llamé a mi marido, *muerta en llanto*. Me acuerdo que me dijo: Tranquila, vos tenéis un contrato firmado, terminas este año, y luego renuncias y te venís para acá. En Tegucigalpa⁵⁸, porque él trabajaba en la Universidad Nacional Autónoma de allí.

Estaba en una paranoia. Miraba a todos lados. Sospechaba de sus compañeros de trabajo. Temblaba de cometer un error con sus pacientes por el nivel de estrés. No sabía cómo la iban a cobrar. Pero el siguiente jueves llevó los 8000 lempiras en un sobre dentro del bolso. Alguien la abordaría en cualquier sitio para que se lo entregara. ¿Dónde la abordaron? En su trabajo, en su consulta. *Vengo por el encargo*, le dijo fríamente. No tuvo tiempo de reaccionar. Le dio el sobre y de la misma manera que había entrado el supuesto paciente dispuesto a esperar los servicios de la Doctora, se fue, dando por inaugurada la extorsión semanal.

⁵⁷ Dinero según la jerga de la Mara.

⁵⁸ Ver pie de página 33.

A la semana siguiente, se repitió el mismo *modus operandi*, pero esta vez, lo ejecutó una mujer. Y el último jueves ya no supo qué cuerpo tomaría posesión del despojo. Me fui, dice. Hablé con mi jefe y le dije que tenía que irme. Todo el mundo se quedó desconcertado. Al salir del Hospital, ese mismo día, no se dirigió al coche para ir a casa sino a un camión donde le esperaba su marido. Escapé con mi marido a Tegucigalpa, acaba aliviada. Y se alojaron en casa de su hermana. Tenían pánico de estar solos. Interpreté que ese cambio de aires le salvó la vida. Pero estaba en España. La terrible persecución no sólo no había terminado sino que adelantaba que había requerido de un cambio de aires, de charcos y de tierras.

- Me cambié de ciudad para empezar de cero. Pero me empezaron a caer mensajes de texto. Me habían ido a buscar y no me encontraron. No cesaban. Me volvieron a enviar más mensajes sin ocultar el número. No les importaba nada porque ellos son intocables.

La palabra *intocables* resuena en mi cabeza de fondo mientras prosigue con este suspense interminable.

- Me di cuenta de que el control era territorial cuando el siguiente mensaje que me cayó fue:

Sabemos que estás en Tegucigalpa, que tu marido trabaja en Tegucigalpa. –Mira a los lados al tiempo que disminuye el volumen de su voz, me mira y sigue– Te vamos a violar y te vamos a cortar en pedazos y te vamos a enseñar por todos los lados de la ciudad.

Acaba la última frase y no puede evitar sonreír. La amenazaban de tortura y de muerte y no podía evitar sonreír. Supongo que estaba en una de esas fases de superación en la que la sonrisa no es más que un escudo al llanto, a la brecha que te perfora, inevitablemente, el alma. Tuve miedo de que siguiera con imágenes semejantes porque notaba como el terror aumentaba a cada segundo. ¿Cómo se puede seguir después de esto?

Nos vamos lejos, resolvió su marido. Él mismo compró los pasajes para España. Aun así no fue tan fácil. Me explica el contexto político corrupto y convulsionado que se vivía en noviembre en su país, además del problema de seguridad que había ido creciendo cada vez más. Cortaron calles, cerraron aeropuertos y cancelaron vuelos. ¿Entonces? Fuimos en autobús hasta Panamá y en Panamá tomamos el vuelo para acá, responde calmada.

- ¿Por qué España?
- Las Maras tienen controlado todo centro América y Estados Unidos. Cuando la gente escapa a Estados Unidos, los encuentran y los matan allí.
- ¿Y América del sur?
- Era una opción pero pensamos: Esto va a ser como el árbol de manzanas podridas, que si hay una podrida se van a terminar pudriendo las demás. Queríamos irnos al lugar más lejos del mundo.

Antes de huir, avisaron solamente a su familia. Cuantos menos supieran, mejor. Le doy la razón. La paranoia de mi madre era tan grande que se quedaba meses enclaustrada en casa. ¡No me contesta!, le llamaba histérica su hermana. Resulta que estaba en el baño o cualquier tontería. La convenció para que se fuera de Puerto Cortés y se alojara al pueblo retirado donde nació.

Sonríe. Sin demasiado pesar, esta vez. ¡Esta es mi historia!, exclama, haciéndome creer que aquí

terminaba todo. Pero no. Qué injusto, dice. Queríamos hacer algo bueno.

- Cuando llegaste aquí, ¿qué pasó?
- No teníamos familia. No teníamos casa. No teníamos nada.

Su primer contacto con España en enero de 2018 fue poco grata después de la odisea tormentosa en su país. Se prepara para el segundo asalto de su historia que empieza: Cuando llegamos aquí, la realidad que nos encontramos fue uno de los golpes más terribles. ¿Más que sus desventuras hondureñas?, juzgo. Fuimos a la Oficina de Extranjería y nos concedieron la entrevista con la Cruz Roja para junio. Pensamos, ¿ahora qué? No teníamos plan certero de refugio o de asilo, así que trajimos dinero para subsistir tres semanas en un *airbnb* que cogimos en Tarragona. Era un chico muy simpático que le tocó mucho nuestra historia. Me admite que su solución fue comer ensaladas en invierno y ponerse capas y capas de camisetas de manga corta. Claro, huyeron de un país tropical sin previsiones.

De repente, pone el piloto automático y empieza a nombrar algunas de las asociaciones –que le hago

repetir más de una vez– que frecuentaron para buscar alternativas factibles. Fueron al CEAR ⁵⁹después de buscar información por Internet. La chica del CEAR les advirtió que para entrar a ese programa, debían pasar primero por la Cruz Roja o que fueran al SAIER⁶⁰ de Plaza España. Caminaron horas –con las capas y capas de camisetitas de manga corta y el frío– porque no tenían dinero para el metro. Llegaron a Plaza España y la Trabajadora Social les enunció que tenían que pasar primero por Cruz Roja para que pudiera derivarlos en alguna organización según el caso. Conclusión, tenían que esperar sí o sí el trámite de la Cruz Roja. ¿Cuándo les concedieron esa cita? El 24 de abril. ¿Y mientras tanto? Mientras tanto no podemos hacer más nada, les contestaron. Se nos vino el mundo encima, confiesa. Hasta se planteó volver a Honduras: Nos íbamos a morir de hambre, daba lo mismo estar aquí que allá.

Sin embargo, la Trabajadora Social se compadeció de ellos y empezó a llamar persona por persona por si alguien cancelaba su cita. Denme su número de teléfono para llamarlos porque no me voy a ir hasta encontrar a alguien, les prometió. No tenían teléfono pero volvieron una y otra vez a pie hasta conseguir

⁵⁹ Comisión Española de Ayuda al Refugiado.

⁶⁰ Ver pie de página 29.

una respuesta. Y valió la pena. Les concedieron la cita para el 8 de febrero. Saltó de alegría. En su rostro aparece una sonrisa gigante que no había expresado hasta el momento. Sus ojos brillan y pienso que puede que suelte las lágrimas que ha comedido todo el rato. No llora. Ni de pena ni de alegría. No quiere llorar. Tal vez no pueda ya. Me contagia su satisfacción al hablar de ello y pienso que el final feliz está cerca. Parece un parto. Tiene que estar cerca.

- ¿Cómo fue la cita del día 8 en la Cruz Roja?
- Nos dijeron: Qué pena, pero no les puedo pasar a un programa porque el requisito es haber superado la entrevista y no la tienen hasta junio.

Esto no pudo estar pasando, pienso. Y me dice que pensó, esto no puede estar pasando. Les dieron un mapa de albergues (no mixtos) a los que podrían ir. Me regreso a Honduras aunque me maten, pensó. Tantas veces tuvo que contar esta historia a las organizaciones, ¿y ninguna se daba cuenta de la gravedad del asunto?

- ¿Cómo sobrevivisteis?

- Un amigo de mi marido nos pagó un *Workaway*⁶¹. Nos daban hospedaje a cambio de compañía o de trabajo en la casa. Fuimos a Hospitalet, Poble Sec, por la Costa Brava. Nos daban hasta comida porque les caíamos bien o les dábamos mucha pena. No sé.
- ¿Hasta junio?
- Llegó la primavera y el turismo subió. La gente prefiere a un europeo o un nórdico antes que a un latino. Lastimosamente así es. Ya no nos aceptaban solicitudes. A finales de marzo ya no teníamos donde dormir.
- ¿Volvisteis a los albergues?
- Primero volvimos a hablar con la trabajadora social por si podía adelantarnos algo y nos dijo: Tienen que saber que tengo familias que no puedo ubicar desde noviembre.

El 13 de abril era su cumpleaños y lo pasó amargamente. Pero una semana después, las cosas

⁶¹ Servicio internacional que permite el contacto entre personas para hospedajes e intercambios culturales.

cambiaron. El 20 de abril me llamó Paula, de la Cruz Roja, porque nos consiguieron un cupo para el 23 de abril, dice alegre. Los ubicaron en ACCEM⁶² en una fase de preacogida aunque el requisito principal, me reconoce, era haber hecho la entrevista para después ubicarlos. Tanta burocracia, pensé. Qué más da si no es justa. Después de tanto, en sus manos tenían una pequeña victoria. Por fin.

- ¿Cómo fue el proceso en ACCEM?
- Todo fue muy diferente. El calor, el apoyo de todos, que te vean como una persona, que te digan que mereces estar aquí... Que te hagan sentir bien no tiene precio. No tiene precio.

No tiene precio, repite, como si se le hubieran acabado las palabras. Como si ninguna de ellas pudiera sustituir el sentimiento de tregua a tanto desasosiego. Tal vez por eso no lloraba, ya. Había sufrido tanto que su reencuentro con la dicha o la tranquilidad vencía cualquier estado anterior. Qué valiente, después de todo. Me sonrío.

- ¿Cómo te sientes después de un año?

⁶² Ver pie de página 5.

- Mejor. En Honduras, siempre me quejaba de que la gente no se expresara. Cuando llegué aquí, iba al supermercado o a algún sitio y me daba miedo hablar. No quería hablar de vos, sino de tú.
- ¿Por qué?
- Para que no me vieran mal. Es un temor a lo desconocido, supongo.
- ¿Tienes algún plan previsto?
- Ahora ya tengo permiso de trabajo. Estoy esperando la homologación de mi título para ejercer. Hice una entrevista en un Hospital, hablamos en catalán y estaban encantadísimos. Les encanté. Lo mínimo que podemos hacer aquí es integrarnos.

Quiero retenerla un ratito más. Seguramente me saque otra hazaña de este año. Por su historial, digo. Pero está bien. Lo estará, estoy segura. No quiero que se vaya. Y como si quisiera permanecer (ella también) en esa cafetería y ese clima íntimo que se había creado a nuestro alrededor, me revela:

- Es extraño porque he contado esto muchas veces y es la primera vez que no me emociono.
- ¿Crees que podrás olvidarlo?
- Cuando lees o te cuentan algo, te escandalizas pero lo olvidas. Cuando lo vivís, es difícil que algo así se te olvide.
- Se te ve tan fuerte.
- Se me ve bien pero la herida aun está abierta. En diciembre, al cumplir un año, lloré mucho. Recordé al niño entregándome la receta doblada. Era un niño. Un niño.

Era un niño que dejó de serlo demasiado pronto, pienso. Tal vez fuera el encargado de ir a su consultorio el último jueves de diciembre de 2017. *Vengo por el encargo*, hubiera dicho. Y ya más nada. Se hubiera ido. No quiero irme. Pero lo hacemos. Las dos. Le doy las gracias. Muchas gracias muchas veces. Se va. Esto no se me olvida. Claro que no. No. No sé. Al final, mira, quien llora soy yo.

PARTE III

SOBRE LOS REFUGIADOS
Y LOS INMIGRANTES ECONÓMICOS
DE AMÉRICA LATINA Y ÁFRICA

ESTIVALIZ y CRISTINA
[Técnica social de ACCEM y Abogada del SAIER]

PAULA

¿Qué ley ampara a los refugiados?

CRISTINA

La ley de Protección Internacional. Les reconoce la petición de asilo y la petición subsidiaria. Tienen derecho a ser escuchados y a exponer su caso para que se decida sobre ellos, además de contar con asistencia jurídica, intérprete, asistencia social, tarjeta sanitaria.

PAULA

¿Cómo se inicia el proceso para pedir la Protección Internacional?

CRISTINA

Tienen que pasar una entrevista con la policía donde expliquen sus motivos y dar la dirección en la que se van a hospedar para cuando tengan que notificarles algo.

PAULA

¿Dónde piden la Protección?

CRISTINA

En el aeropuerto, en un CIE o en las oficinas habilitadas de cada provincia. En Barcelona es la Oficina de Extranjeros, de Paseo San Juan. Ahí van a tramitar el Manifiesto a la Voluntad de Pedir Asilo. En la entrevista tienen que responder a una serie de preguntas y llevar todas las pruebas. Una vez son solicitantes de la protección, entran ya en la fase de acogida. Suelen tardar un año y medio o dos años para que les den la resolución aceptada o denegada.

PAULA

¿Cómo se les deriva a distintas ONG?

CRISTINA

Si tienen necesidad económica, tienen que ir a Cruz Roja, ubicada en el SAIER. Es quien tiene la competencia de preacogida.

PAULA

¿Qué es la preacogida?

CRISTINA

Una ayuda previa que se ofrece cuando la persona aun no tiene una plaza asignada por el Ministerio. El gobierno central es quien aprueba que la persona tiene derecho a la ayuda social y se la deriva en tal

entidad (ACCEM, CEAR, MPDL, etc). SAIER es el punto de partida en Barcelona para que los deriven a Cruz Roja. Ellos te dan la cita para dentro de seis meses o cuando haya.

ESTIVALIZ

ACCEM tiene el programa del PAI y el programa estatal de recepción internacional para las personas que solicitan la protección internacional.

PAULA

¿Qué es el PAI?

ESTIVALIZ

El Programa de Acogida Humanitaria para los Inmigrantes. Se acoge a personas la mayoría de África Occidental (Mali, Gambia, Camerún, Costa de Marfil, Burkina-Faso, Liberia) o de colonias francesas. Durante tres meses se les ofrece un piso para vivir. Se les da *la oportunidad* de que se recuperen aunque tengan la orden de devolución. Si piden Protección Internacional, pasan a otro programa.

PAULA

¿Por qué se tarda tanto en los trámites?

CRISTINA

Hay más gente de la que se puede asumir teniendo en

cuenta la cuota que tenían hace diez años. Hay recursos suficientes pero se invierte poco en temas sociales. SAIER tiene una lista de espera de un mes y medio o dos.

PAULA

¿Todos los que han sufrido en su país tienen derecho a pedir protección en otro?

CRISTINA

Tiene que ser un motivo que reconozca la ley. Debe haber una vulneración de sus derechos por conflicto bélico o discriminación de su nacionalidad, opinión política, grupo social, género o la orientación sexual. No pueden pedir protección por enfermedad o por motivo económicos.

ESTIVALIZ

Todo el mundo tiene derecho a emigrar. Si esa persona cumple los requisitos de persecución en su país, puede solicitar la Protección Internacional. Hay que demostrarlo con pruebas. Hay muchos países que es indemostrable.

PAULA

¿Los que llegan en patera no pueden pedirlo?

ESTIVALIZ

Les salva el salvamento marítimo y los distribuye por la península. Pueden y tienen el derecho de pedir Protección Internacional para que les puedan conceder el estatuto de refugiado. Otra cosa es que todos los casos sean susceptibles de pedir esta protección. Los inmigrantes económicos no pueden solicitarla porque una razón económica no es una razón para pedirla.

PAULA

¿Los inmigrantes económicos tienen menos privilegios?

ESTIVALIZ

Cuando entran, les dan un papel que pone *Orden de devolución* y *Orden de expulsión*. Solicitar la Protección Internacional, te da una garantía de que mientras se resuelva tu solicitud, la policía no puede expulsarte. Las personas que no solicitan la protección, tienen la orden de devolución sobre ellos. En algún momento podrían ser devueltos o internados en un CIE.

CRISTINA

Decimos un poco que los refugiados son como los inmigrantes de primera dentro del estigma de la

inmigración. Los inmigrantes económicos no tienen opción a recursos sociales.

PAULA

¿Cómo llegan a España desde África?

ESTIVALIZ

Cruzan el desierto y el mar. Desde Marruecos hay dos maneras. Saltan la valla porque no tienen dinero para pagarse una *zodiac* o pagan 80€ por atravesar el estrecho con una *zodiac* de motor. Está organizado por mafias. Tienen calculada la gasolina y a qué hora llegan a playas españolas. En Melilla y Ceuta les espera una ONG que se llama Elena. Ésta avisa a salvamento marítimo. Queda a la deriva. Entonces, salvamento marítimo español cuando los intercepta por el radar, los rescata y los lleva al puerto. Si tienen la mala suerte de estar en aguas marroquí, los coge la policía marroquí y los devuelve a Marruecos. Europa pasa la pelota a la policía marroquí. Cuando cierras una frontera, le das dinero a las mafias. La gente pagará por atravesarlo de otra manera.

PAULA

¿Cómo es el trayecto por el desierto en África?

ESTIVALIZ

Una de las etapas más duras es entre Níger y Argelia.

Donde está el Boko Haram. Un grupo islamista africano. El año pasado secuestraron a ochenta niñas en una escuela. Si los secuestran los llevan a Libia donde quedan retenidos para pedir un rescate por ellos. Libia es un infierno. Cuando los liberan ellos dicen que volver a su país no es una opción. Tienen una deuda con su familia. Hay una página web que cuenta los muertos en el mediterráneo. El número de muertos en el desierto no se puede contar. Las ONG no pueden trabajar ahí.

PAULA

¿Quién viaja generalmente?

ESTIVALIZ

Las familias invierten dinero para que una persona haga el viaje a Europa. Normalmente, los hombres, los que están físicamente más bien preparados. Cuando lleguen a Europa va a devolver la deuda y va a mantener a la familia de África.

PAULA

¿Y las mujeres?

ESTIVALIZ

Una mujer que está en Marruecos con un bebé no ha salido embarazada de su país. Ha sido víctima de la trata y de las violaciones sistemáticas. Cuando llegan las mujeres a España les quitan el pasaporte para pasar a ser esclavas sexuales y no pueden salir.

PAULA

¿Qué es un CIE?

CRISTINA

El lugar donde pueden encerrarlos porque están en situación irregular y los internan o porque los acaban de detectar entrando de forma irregular. Máximo están sesenta días y luego los deportan.

PAULA

¿Qué pasa con las devoluciones en caliente?

CRISTINA

No se puede devolver a nadie en caliente. Tienen derecho a expresar por qué quieren pedir Protección Internacional. Se sigue haciendo. Sobre todo en las vallas de Ceuta y Melilla.

ESTIVALIZ

Las devoluciones en caliente están prohibidas. Están amparados por la convención de Ginebra. España

tiene convenios con algunos países de devolución inmediata. Por ejemplo, entre Senegal y España. Normalmente no llevan documentación. Así que no pueden demostrar de dónde son. Es más fácil llevarlos a la Península, distribuirlos por distintas ONG, que demostrar eso. Si pueden demostrarlo, los devuelven a Marruecos. Desde allí, vuelven a intentar entrar.

PAULA

¿Se adaptan?

ESTIVALIZ

Depende del contexto, el objetivo que tengan, cómo se hayan programado el viaje... La gran mayoría piensa en volver, excepto los que no pueden volver porque se juegan la vida. Se ponen un límite de quince años. Aunque quieras contratar a una persona de Senegal que lleva cuatro meses, no podrás. Tiene que estar tres años, demostrar su arraigo al país y que le ofrezcas un contrato de un año. Los chicos que están en el *topmanta*, no pueden hacer otra casa. Se han corporativizado. Eso y recoger chatarra o trabajar en negro en algún restaurante o en la obra si alguien los contrata.

PAULA

¿Qué es la Ley de Dublín?

CRISTINA

Un convenio europeo. Europa tiene el Espacio Shengen para controlar las fronteras. Si una persona entra en un país de Europa, el país por el que ha entrado es el que va a tener que resolver su caso. Luego hay las reubicaciones para establecer unas cuotas equitativas por país. No se han cumplido. Si tienen a un familiar directo pidiendo asilo en otro país de Europa, lo tienen que enviar al mismo país. Los casos se estudian por unidad familiar.

PAULA

¿Qué es la reagrupación familiar?

ESTIVALIZ

Familias que se van a Europa y dejan a los niños con otros familiares. Es un desarraigo brutal para los hijos. Una tragedia. Hay un sentimiento de abandono. Tienen familia en Europa e idealizan su situación que puede ser real o no. No sólo sufren los que se van sino los que se quedan, los niños los que más. Muchas veces los traen obligados. Van porque lo pide el familiar que ya está arraigado a Europa. Pero son desconocidos. Las políticas migratorias tienen que cambiar.

PAULA

¿Han evolucionado las leyes referentes a los inmigrantes y refugiados?

CRISTINA

La Ley de Asilo se reformó por última vez en 2009. No se ha mejorado mucho. Toda ley debe tener un reglamento para los detalles. Nunca se hizo. Ha ido involucionando. Se ha restringido la posibilidad de regularización. Si una persona que no viene a pedir asilo, se quiere regularizar en España, hoy día es imposible.

PAULA

¿Qué es la tarjeta roja?

CRISTINA

Cuando España decide estudiar el caso, les dan una tarjeta roja a los cuarenta días de la entrevista. Es una cartulina de cartón plastificada por una cara. Se puede mojar fácilmente. Les retienen el pasaporte mientras estudian su caso y no pueden salir de España. Sin el pasaporte no pueden enviar dinero y es difícil coger un avión. Los primeros seis meses no pueden trabajar. Normalmente tardan un año y medio en aprobar o denegar una solicitud de asilo. Pero puede pasar que vayas después de seis meses y no te la renuevan

porque te han denegado. Si te lo aceptan, te dan la residencia legal permanente. Después de cinco años, si no has estado más de un año fuera de España o no has cometido delito grave, te la renuevan.

PAULA

¿Si han cometido alguna infracción o delito penal?

CRISTINA

Si eres migrante y tienes el plus de haber cometido un delito o tienes problemas psicológicos, ya no vales. El nivel de exigencia es triple al de cualquier residente. Si eres europeo, no, claro.

ESTIVALIZ

Pueden llevarle al CIE. Si demuestran de dónde es y justo tiene el pasaporte, lo pueden devolver.

PAULA

Pero no los devuelven a todos.

ESTIVALIZ

También hay un interés económico. ¿Por qué no devuelven a los que están en Almería cogiendo pimientos? ¿El departamento de inmigración no sabe que son inmigrantes irregulares?

PAULA

¿Y si los deniegan?

CRISTINA

Derivamos a otro servicio jurídico que se encarga de los recursos para que se apele la decisión. En España cuando les deniegan, no los expulsan de forma directa.

Si pasan tres años y no te han pedido la documentación, pueden conseguir el arraigo.

PAULA

¿Qué es el arraigo?

ESTIVALIZ

En España hay una manera de regularizar la situación siempre y cuando lleven tres años en el país, tengan un contrato de trabajo y de residencia y un informe social de arraigo: Hablan el idioma. Hacen actividades lúdicas. Demuestran que están integrados para no irse. En Catalunya te piden el básico de catalán o si formas parte de algún voluntariado también.

CRISTINA

Lo ampara el trámite del arraigo de la ley de extranjería.

PAULA

¿España es un país que deniega mucho?

CRISTINA

Es de los países que más deniega. Hay muchos solicitantes de Honduras y el Salvador, por el tema de las Maras. La policía es incompetente con esta organización más allá de la corrupción y no les pueden ayudar en eso. El 98% de estos casos son denegados. Dicen que es delincuencia común y que deben acudir a la policía de su país. Si España concediera asilo, a lo mejor estaría deslegitimizando al país en materia de seguridad. Pero sí que interesa decir lo que está haciendo Maduro. Todo está politizado y mediatizado.

PAULA

¿Se habla de África en los medios?

ESTIVALIZ

Hace poco ha habido un atentado en Mali y se han muerto 150 personas de una aldea. No sale en los medios. No interesa.

PAULA

¿Querrían volver?

ESTIVALIZ

Ahora hay una tendencia a ver que estaban mejor en su pueblo antes de acabar durmiendo en un banco. Culturalmente es un fracaso haber hecho eso. No

pueden volver habiendo fracaso. Les señalan: ese estuvo y volvió sin hacer nada. El fondo social tiene un peso tan grande. No podemos mantener unas esperanzas que no son ciertas. No podemos ver cómo se vacía África de gente para venir aquí a vender gafas a turistas.

PAULA

¿De quién es el problema?

ESTIVALIZ

Los países de África son muy ricos en recursos. ¿Quién se lo está llevando? Es un problema macroeconómico de usurpación de los recursos y ostentación de los recursos sobre unos pocos. ¿Congo podría ser el distribuidor del Coltan? Podría. ¿Qué empresas hay ahí? Chinas, francesas, españolas... Los dictadores reciben dinero de Europa, se lo quedan ellos y las élites políticas tienen a un pueblo empobrecido.

PAULA

¿Qué hay detrás de la etiqueta peyorativa de inmigrante?

ESTIVALIZ

Hay una historia. Una vida. Son gente que ha sufrido mucho. Están corriendo de un lado para otro. Saben

que no podrán cumplir los sueños que tenían antes de volver. No podrán volver, muchos de ellos. Están completamente desarraigados. Lo pasan muy mal y sienten mucha soledad en un contexto muy diferente.

Viven un drama, se encuentran aquí viviendo de ayudas y encima la familia les llama para preguntarles cuándo les van a enviar dinero. No tienen ni para mantenerse ellos mismos. A esto se le tiene que sumar las heridas en el alma después de ver cómo se mueren tus compañeros en el camino.

